



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

COLUMBIA LIBRARIES OFFSITE



CU56661908

338.072 Ad7

An alisis de los mal

Columbia University in the City of New York

THE LIBRARIES



ANALISIS
DE LOS MALES DE MEXICO,

Y SUS
REMEDIOS PRACTICABLES.

OPUSCULO ESCRITO
POR
JUAN NEPOMUCENO ABOENO.



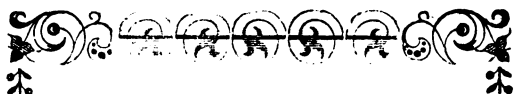
MEXICO.

TIP. DE M. MURGUIA, PORTAL DEL AGUILA DE ORO.

1858.

338 072

Ad 7



ES muy frecuente entre nosotros el responder á la terrible exposicion de nuestros males políticos y sociales con la lúgubre y desconsoladora frase: ¡no tenemos remedio! Mas frecuente es aun el abandonar esta cuestion de tan vital importancia, y cerrando los ojos de la prevision, á su terrible y amenazante aspecto, imaginar entonces que el peligro es menor porque no se mira. Pero es aun mas comun el circunscribirse á una situacion puramente inerte y pasiva, sin oponer esfuerzo ninguno á los males, los que así avanzan como las labas incendiarias de un volcan, lentamente en apariencia, pero rápidamente en realidad, sorprendiendo y se-

pultando muchas veces, entre fundidas rocas los campos y las ciudades con sus descuidados habitantes.

Es cierto que la vehemencia y gravedad de nuestros males hace que esta triste nacion se entregue á violentas y prolongadas convulsiones, pero estas no son el esfuerzo saludable de una vigorosa naturaleza sino la febril energía del delirio, á la cual sobreviene la postracion y la atonía, que aumentando la debilidad produce comunmente ese estado de calma engañosa que no es una crisis saludable sino la postracion de las fuerzas, y que dejando existentes las causas del mal éste se desarrolla con nuevos y mas peligrosos accesos.

Amargados con la triste y costosa experiencia de nuestras reincidencias crónicas, se pregunta hoy con una ansiedad dolorosa. ¿La convulsion política y social que estamos pasando es la última? ¿Vendrá despues una calma segura y saludable? ¿O como tantas otras, solo será precursora de nuevos y mas terribles vértigos?

Para poderse responder estas tristes preguntas es necesario sondear con mano firme la llaga, pero sin tiente envenenada y sin arredrarse á la vista de su terrible profundidad, y una vez cerciorados de su estado proponer los remedios con impávida verdad, porque una piedad indebida ó una adulacion engañosa son funestas al enfermo, aunque sean de utilidad al moribundo.

Por lo tanto, yo apelo á todas las inteligencias y á todas las energías: las invito á buscar la causa de nuestros males, y las conjuro para poner sin tardanza en accion los remedios que la experiencia, la ciencia y la razon están indicando como eficaces. Estoy muy lejos de la vana presuncion de creer que mis observaciones sean las mejores, y solo escribo guiado por un sincero patriotismo y por la halagüenia esperanza de que un esfuerzo benéfico de parte de la nacion, secunde las tendencias regeneradoras del movimiento político y decida una crisis saludable.

Escribo convencido de la magnitud y variedad de las luces que poseen los

miembros del gabinete, los del consejo de Estado y cuantos rodean al Exmo. Sr. presidente para contribuir á la regeneracion de la patria. Pero si la consideracion de mi pequeñez, en paralelo de tantas capacidades como forman el todo compactamente unido de la administracion, me debiera enmudecer, me estimula, no obstante, á trazar estos renglones el creer que á veces brotan de humildes antecedentes algunos destellos de claridad que bastan acaso para que elementos mas poderosos dirijan sus operaciones con mejor luz y acierto; pero principalmente aventuro emitir una opinion franca, el considerar que la nacion hace mucho tiempo se queja con justicia de la apatía de sus ciudadanos, y que estos bien por un abandono culpable ó por una indebida modestia se desvian de los asuntos públicos, en circunstancias las mas difíciles, dejándolos al cuidado aislado de gabinetes agoviados con el ponderoso peso de un trabajo hercúleo, y donde parece que se necesita nada menos que la organizacion de los elementos y la

creacion de un mundo político y social, donde solo existen la confusion y el caos; y como creo que las actuales circunstancias son solemnes, que ahora ó jamas puede regenerarse la República, y que asistimos como inmediatos dolientes á la agonía de un gran pueblo, debemos hacer un esfuerzo supremo para que la tremenda convulsion que lo agita termine por una crisis favorable, cuya esperanza existe aun á pesar de lo adelantada que se halla la obra de destruccion y de atonía.

Habiendo pasado México despues de su independendia por toda la escala de las formas gubernativas, desde el despotismo mas absoluto y concentrado, hasta la democracia mas lata y subdividida, y no habiendo obtenido jamás no solo la felicidad, mas ni aun siquiera el descanso, debemos creer que hay otros males profundos en sus elementos sociales y que no bastan las solas instituciones políticas para sanarlos, porque reaparecen continuamente con una virulencia mayor y mas exacerbada en cada una de sus frecuentes convul-

siones que, como en el individuo aumentan naturalmente la debilidad y el marasmo.

Creo, sin embargo, que es en extremo laudable la opinion del gabinete, que una forma gubernativa, sencilla y morigerada, que deje libre la accion del gobierno para el bien y que evite los extremos y tempestades á que las pasiones humanas pueden conducir la nave del estado; es una de las primeras necesidades del país, y que con justicia ocupa hoy de preferencia la atencion pública. Pero por grande que sea esta inconcusa urgencia vemos que no es la sola, pues si se dejasen en pié otros males gravísimos seria estéril la constitucion mas perfecta.

Y de facto: ¿curaria esta la estremada miseria que nos consume? ¿Regeneraria la moralidad de los resortes administrativos? ¿Daria vida y movimiento á los manantiales de la prosperidad pública, hoy tan obstruidos por el fango de la corrupcion y casi exhaustos por la continua absorcion de sus jugos? No, ciertamente: las formas polí-

ticas no bastan á cubrir todas las urgencias administrativas, y el mejor de los sistemas se hallaria nulificado por circunstancias adonde no alcanzan los resortes elementales.

Cuando yo observo el personal que compone el supremo gobierno, las tendencias regeneradoras que lo han traído á la escena política y que forman el epígrafe de su conducta, y los sanos y rectos antecedentes de sus miembros, me sobreviene la confianza de que salvará la nacion de la anarquía que la devora; que los partidos depondrán la actitud hostil que hoy tienen; que cesará la guerra civil; que se mantendrá la unidad de la nacion; y en fin, que se promulgará una constitucion sobria y sabia que pueda contentar los que deseen accion y morigerada libertad en las instituciones, es decir, á los que componen la gran mayoría de la nacion.

¿Pero estos bienes, ya de por sí muy difíciles de adquirirse, bastarian para salvarnos de la miseria espantosa que tan rápidamente exige remedio? ¿Bas-

tarian para aniquilar los gérmenes del mal que nos devora? No, en verdad; si la situacion material no mejora, todas aquellas ventajas no darian sino una ligera tregua á la anarquía, y la nacion se lanzaria de nuevo á todos los horrores de la guerra civil y á los cambios mas insensatos, y tanto mas peligrosos, cuanto que se perderia definitivamente la fé en las instituciones y sobrevendria la destruccion absoluta de los pocos elementos tradicionales que aun nos quedan.

Para evitar estos males se necesita una accion acertada en la administracion; pero la cual hacen en extremo difícil: 1º las apremiantes circunstancias del momento que exigen casi siempre el sacrificio del futuro por la urgencia del presente: 2º el desorden de los antecedentes administrativos y financieros bajo del cual las determinaciones son trucas y violentas: 3º la corrupcion tan propagada de las manos segundas que, para colmo de malestar, hace que la nacion desconfie aun de las mas honrosas escepciones: 4º

el desnivel espantoso que existe entre nuestra industria y la estraña, que deja ociosa aun la escasa poblacion de nuestras ciudades y que amenaza hundirnos hambrientos y desnudos en un sepulcro de *tisús* y de telas estrañeras: 5º los hábitos de ócio y de vicio que arrastran al pueblo de los campos al vandalismo, y al de las ciudades á la embriaguez y al homicidio: 6º el círculo mezquino de la parte representativa de la riqueza pública, que sin norma dable en su abundancia ó escasez, ni límite posible en su actividad, deja el porvenir siempre oscuro y nublado para los negocios y mata en su cuna el espíritu de empresa y de mejora: 7º la nulidad en que han caído los nacionales en casi todos los ramos de adquisicion, pudiéndose decir que el comercio mexicano pertenece ya á la historia, y que rápidamente nuestra propiedad é industria vendrán á ser simples recuerdos.

Afortunadamente, y con elogio del actual gabinete, se ha repuesto un foco precioso de propiedad y de riqueza

que puede servir de un punto de apoyo utilísimo, calculado de tal modo que no se hostilice ni debilite; porque si no se atiende á su íntegra conservacion, todos los sacrificios que el clero haga en obsequio del gobierno solo serán de un resultado efímero y pasagero, que no logrará el alivio radical de las urgencias públicas, y que terminará por el empobrecimiento definitivo de aquella respetable clase.

Estas consideraciones que brotan por sí mismas de las circunstancias actuales, me conducen á dar una ojeada rápida sobre la hacienda pública, y en verdad que se necesita ánimo muy firme para no retroceder de espanto al espectáculo de semejante caos. Acostumbrada la nacion desde su independencia al estado habitual de bancarrota, ve casi como cosas insignificantes la falta de cumplimiento en los contratos, la desatencion de las clases pasivas, las escaseces de las activas, el peculado de las recaudadoras, frecuentemente el abuso de las distributoras, y aun (parece increíble, pero lo hemos visto con nues-

tros ojos hace pocos dias) la mendicidad del soldado al pié del cañon.

Semejante estado financiero ha hecho perderse todos los antecedentes de orden y legalidad: los expedientes son por lo comun mutilados, las resoluciones muy frecuentemente contradictorias, y estos elementos de desorden aumentados por la miseria pública hacen oscura la contabilidad, imposible su glosa, seguro é infalible el fraude y favorecen de un modo espantoso la dilapidacion de los caudales públicos, haciendo del desorden un abismo tan profundo, que en él se han hundido no solo todos los recursos normales del pais, sino tambien la enagenacion de todos los bienes nacionales, el préstamo inglés, la indemnizacion americana, la venta de la Mesilla y la multitud de prestamos exigidos al clero y á la nacion, tan frecuentes y mal nivelados que han empobrecido á aquel y arruinado á veces á los particulares.

Sin embargo, nada de esto ha bastado para dar á nuestro erario ni una **pasajera solvencia**; el estado de ban-

carrota es todos los dias mas alarmante, de tal modo, que muy frecuentemente se tienen por visionarios á los que como yo, creen en la posibilidad de remedio.

No menos lúgubre es el aspecto que manifiesta la administracion de justicia. En este pais, otro tiempo tan sencillo, y este pueblo tan dócil y morigerado, se cometen hoy crímenes que horrorizan á la humanidad. El instinto de la conservacion se subleva á la vista del inmenso peligro que corre la sociedad, se dan facultades funestas y discrecionales á los vigilantes de los caminos, se ahoga la voz de la ley, y no se consigue sino crear asesinos de asesinos. Las cárceles son la escuela del vicio, y la mano legal se fatiga inútilmente por ejercer su natural influencia y dignidad, y se encuentra ella misma convertida en el instrumento de la triste y creciente decadencia de la moral y las costumbres del pueblo.

¡Cerraré, pues, los ojos á la vista del ejército? En verdad que no podria hablar de él sin parecer acaso enemigo

de esta institucion útil, apoyo de los poderes sociales y egide de la ley. ¿Pero cómo esperar que el ejército llene su noble mision si las necesidades, las revoluciones y el vicio han pulverizado sus cimientos, y se edifica sobre arenas ruinosas? ¿Qué podrán los gefes fieles y pundonorosos si no se purifican los resortes que deben secundar sus miras y disposiciones?

Así es como volviendo los ojos á todas partes se percibe esa lontananza de fuego y humo que oscurece todos los objetos, que mata todas las aspiraciones y que casi sofoca el último é inestimable bien del hombre: la esperanza.

Sin embargo, á un espíritu templado en la adversidad y la fé, queda algun vestigio de aquella poderosa virtud, y puede aun confiar en que por sí sola la vida es capaz de infundir la expectativa de la salud. Si bajo un plan uniforme y lógico, se atiende á la vez á las formas políticas, á la administracion pronta y eficaz de la justicia, al fomento de la industria y del comer-

cio nacionales, á la fácil y pronta locomocion, á la ocupacion lucrativa y honrosa de los brazos que hoy la miseria y la ociosidad hacen criminales, al órden y lealtad en la recaudacion y distribucion de los caudales, á la eficaz proteccion de la nacionalidad, y que no sea un vano ó perjudicial título el de ciudadano; en fin, si se proveyese á la abundancia del signo representativo de la riqueza, á la sobriedad de las costumbres, á la regeneracion de la fidelidad y el honor militar y civil; y sobre todo, á que la voz religion, que tan dignamente se promulga, no sea el símbolo de la forma y del bien material, sino la santificacion de la moral y de los principios, y la liga de union que haga de los mexicanos un pueblo sobrio, virtuoso y fuerte, la esperanza renaceria, el espíritu de empresa haria brotar los caudales del oscuro pánico que los oculta, la industria, la agricultura y el comercio prosperarian, volveria la fé del porvenir á vivificar el entusiasmo, y la nacion salva del vértigo funesto que envuelve sus pasos vaci-

lantes, marcharía con pié firme hácia el progreso y el bienestar futuro, tanto mas caro y estimable cuanto, que sería conquistado con la terrible, sangrienta y dolorosa experiencia.

¿Pero podremos contar con que la oportunidad es llegada de promover estas mejoras? ¿Necesitaremos de la paz y la tranquilidad para inaugurarlas? Creo que en esto último cometeríamos un círculo vicioso, porque cuando los males se hallan tan profundos como los nuestros, no son las mejoras los fines sino los medios, y la diferencia consiste en que en las circunstancias normales el bien es el fin á que se dedican los esfuerzos de la sociedad para disfrutar de la felicidad; pero en las situaciones anormales y convulsivas, el bien es el remedio que se aplica al origen de la enfermedad ó la diestra maniobra que salva de la tormenta la nave del Estado.

Yo me atrevo á decir: que en mi concepto, no hay tiempo que perder en regenerar la vida de acción y de pro-

greso material á nuestra lánguida y enfermiza patria; y que esta, cansada de las formas y de las convulsiones políticas anhela el descanso, la paz y el bienestar social, como el moribundo la luz, y como el desgraciado la esperanza.

Se me preguntará acaso, si yo tengo ésta y si puedo proponer los medios que la vivifiquen? En verdad que mi respuesta se detiene ante el cargo que de antemano me abrumba de presuntuoso. Pero no: mis convicciones son al menos exentas de vanidad y de interés. En un tiempo solemne, en que el desinterés se ha hecho el intérprete de las intenciones del gobierno, es cuando hallando yo el elemento de mis oreencias me apresuro á indicar éstas y á ofrecer mi débil cooperacion como ciudadano muy amante de la patria.

Lejos de mí las tristes pretensiones del aspirante: escribo sinceramente deseoso del bien, y solo anhelo que si mis antecedentes son honrosos, si once años de viajes por la mitad mas civilizada del mundo me dan algun título á

ser creído, si mi dedicacion á las mejoras materiales no me hacen extraño en el mundo científico y progresivo, se vean mis planes con indulgencia y se juzguen, no por su humilde origen, sino por lo que ellos intrínsecamente valgan.

Nada mas grandioso, nada mas laudable que el programa glorioso de regeneracion política de la patria, que el supremo gobierno se ha propuesto bajo el tradicional lema de las tres garantías. . . . ¿Pero en un país tan profundamente agitado como el nuestro, podrá haber religion sin la revivificacion de la moral y la justicia? ¿Podrá haber independendencia sin la reconstruccion de la fuerza y la lealtad? ¿Y podrá haber union sin el progreso físico y moral que infundiendo la confianza y la seguridad aleje los sacudimientos, y una en los positivos lazos de bienestar los opuestos partidos? Sin duda que el gobierno que consiga esto se hará estable, glorioso é inmortal, y merecerá tanto mas bien de la patria cuanto mayores sean las calamidades

en que la encuentra; y acaso la posibilidad del logro de un bien tan inestimable merecerá el que se escuche á un hombre como yo, privado de antecedentes políticos y con diferentes aspiraciones, pero guiado por un sincero patriotismo. Así pues, expondré mis planes de buena fé, aunque con el natural temor de un hombre que desconfía de su capacidad, pero cuya divisa es la verdad y el amor mas desinteresado de la patria.

Cuando una nacion se halla instituida, la primera y mas apremiante de sus urgencias es el establecer los cimientos de sus formas políticas, tan bien combinadas con sus elementos y necesidades, que nada contradiga la estabilidad de las instituciones; pues en el momento que estas son contra los hábitos, costumbres ó antiguas y veneradas leyes, se levanta la oposicion amenazante que un dia puede desplegarse sobre esas mismas instituciones y destruirlas. Pero en una nacion acostumbrada á aniquilar por medio de las revoluciones todos los elementos

políticos, la dificultad de constituirse se aumenta, de un modo terrible, porque perdido el prestigio de la ley esta no tiene el apoyo moral, único sobre el cual puede descansar sólidamente. Mas la dificultad sube de punto, cuando los partidos opuestos se lanzan á violentas estremidades, y que unos quieren la concentracion absoluta del poder cuando otros desean la subdivision mas lata y exagerada; entonces cada cual viste sus pretensiones con nombres santos y respetados, y la lucha, prolongada con oscilaciones funestas, llega á hacer tan difícil una constitucion estable cuanto debió facilitarse en un principio, cuando se respetara el nombre sagrado de la ley.

Tal es el estado á que, por desgracia, ha descendido México; y esta nacion que pudo en 1824 recibir, ordenar y conservar por diez años una constitucion muy complicada, apenas parece hoy susceptible de ser gobernada por leyes fijas, porque los caprichos de los partidos las hollan y desprecian en esos funestos vaivenes en que tan frecuen-

temente se lanzan á todas las estremidades.

Si se me permite, representaré esas ideas con un ejemplo análogo. Imaginemos un niño que en el momento de ser destetado, sus padres, por ideas escéntricas y exageradas, le diesen á comer las viandas mas fuertes, complicadas é indigestas, es evidente que á pesar de una escelente naturaleza, susceptible de resistir por algun tiempo aquellos alimentos inadecuados, vendria el niño á enfermarse y ser incapaz de digerir, aun los alimentos sencillos que en un principio habrian bastado para su perfecto nutrimento y desarrollo. En tal situacion de indigestiones, fiebres, convulsiones nerviosas, y en fin, del trastorno de todas sus funciones vitales, seria necesario sujetarlo á un régimen severo, y á tisanas, tanto mas desagradables, cuanta mayor fuese la costumbre que hubiese adquirido de alimentos apetitosos. Pero tal régimen y dieta serian indispensables, so pena de muerte, y solo con suma prudencia y lentamente podrian

ampliársele gradualmente los alimentos, desde los mas simples hasta los mas complicados, con cuyo método, prolongado convenientemente, sanaria del todo, y una vez vigorizado llegaria á ser susceptible de aquellas mismas viandas que al principio le produjeron tan graves males.

Tal es el ejemplo que exactamente pinta nuestra situacion política. La constitucion de 24 fué inadecuada para esta nacion jóven y compacta, sus funestas consecuencias son palpables, y hoy tenemos que sujetarnos á un régimen sumamente precavido y prudente, bajo la pena de continuar con los terribles males que sufrimos y acaso de perecer por su prolongada violencia.

Si hoy somos prudentes, si los partidos prescinden de sus exageradas pretensiones, y si hay una verdadera transaccion política, llegará un dia en que fortalecida la nacion sea capaz de formas complicadas; por ahora solamente es posible una república democrática representativa, pero con formas simples,

y combinadas, de modo que concilien principalmente una fácil estabilidad.

En nuestras circunstancias es sumamente peligroso el apelar á una convocatoria constituyente, que diese la oportunidad á los diversos partidos para agitar funestas intrigas, y que el congreso que se reuniese diera de nuevo una constitucion impracticable y desastrosa. Tampoco puede apelarse á proponer á la nacion las bases orgánicas de 1843 sin algunas reformas sustanciales, porque aquellas tienen defectos radicales y fueron dictadas para determinádas circunstancias; pero hoy que lo que mas importa es regenerar la unidad nacional, serian acaso funestas las facultades legislativas de las juntas departamentales. Sobre todo, las bases orgánicas que no pudieron sostenerse en tiempo en que se acataba un poco mas á la ley, serian ahora por desgracia aun mas frágiles.

Cuando las constituciones equilibran demasiado, los poderes legislativo y ejecutivo solo son optimas en teoria y practicables únicamente en medio

de una paz absoluta; pero en las situaciones violentas y convulsivas, y aun simplemente en la enardecida oposicion de los partidos, una constitucion semejante viene á ser funesta. El poder legislativo casi siempre hace por sistema una oposicion exagerada al ejecutivo, y así se levantan esas luchas en que ninguno de los dos cede ni se entiende ni respeta, y bajo cuyo vértigo se desatan y enfurecen pasiones ciegas é indomables, que terminan casi siempre por desacreditar ambos poderes y por las revueltas demagogicas, en que el ejecutivo es la víctima, ó por los golpes de Estado en que lo es el legislativo, y en los que para colmo de desgracias, se trata de envilecer y desprestigiar los principios mas sanos y sagrados de la representacion nacional.

Semejantes escenas repetidas, traerian por resultado esas dictaduras rápidamente cambiantes, elevadas y derribadas con sangre y desolacion; donde perecen aun los últimos vestigios de las libertades públicas, y que lle-

vando al extremo los odios y furores de la guerra civil, no termina esto sino con la ruina absoluta del Estado, que suele morir suicidado bajo el puñal fratricida de mil filos, ó postrado y humillado bajo la planta menospreciadora de un orgulloso pié extranjero.

Procúrense evitar estos terribles males dándose á México una constitucion practicable, y donde conservándose las formas y las libertades que reclaman la civilizacion y las tendencias saludables é invencibles del siglo, se logre que brille un dia de paz para la triste México, y en el cual desarrollándose sus elementos de prosperidad se introduzcan las mejoras políticas en las instituciones, lenta y calmamente, hasta establecerse por el convencimiento y la razon filosófica, ese supremo ideal que solo es posible en medio de la paz, de la moralidad y del órden, pero del cual se alejan los pueblos cuando se lanzan al laberinto sangriento y tenebroso de las vias de hecho y de la guerra civil.

Como una constitucion conocida tiene en sí misma la ventajosa sancion de

la experiencia, he propuesto las bases orgánicas, pero reformadas de tal modo, que conservando las formas republicanas, y el gobierno electivo del presidente, (único posible en nuestro país) se acercase la nueva constitucion en cuanto fuera posible, á la inglesa, y en la cual el gobierno iniciase las leyes, y legalmente pudiera disolver el cuerpo legislativo, convocando inmediatamente otro nuevo, bajo leyes electorales preparadas de antemano y no hechas para las circunstancias.

Esta constitucion, sin embargo, nos dejaria espuestos á las crisis de la inglesa, en una de las cuales costó la cabeza á Cárlos I despues de disolver siete parlamentos que le fueron hostiles, sin haber podido obtener uno solo que le fuese favorable.

Si se quiere una constitucion mas estable, y que parece dictada, *ad hoc*, para cicatrizar las úlceras de las guerras intestinas, observemos la constitucion francesa, que ha podido calmar la quemante irritacion de 792 y el amenazante vértigo de 848, y la cual

nos traeria la inmensa ventaja de poderse gobernar el pais sin facultades extraordinarias ni dictaduras absolutas, á las cuales infaliblemente veriamos apelarse en constituciones mas latas.

Segun una máxima de Luis Napoleon. “La voluntad nacional es la su-
“ prema ley y ella solo puede consul-
“ tarse por el sufragio universal, cuya
“ sancion legaliza todas las emergen-
“ cias, y es un elemento social que
“ bien manejado puede cimentar sobre
“ bases estables las medidas discrecio-
“ nales y de necesidad.” El éxito completo que ha tenido aquel génio administrativo, hace confirmar con la poderosa sancion de la esperiencia este principio político.

El mismo distinguido personage, dijo á la Francia en 1852: “Nosotros no
“ tenemos necesidad de apelar á expe-
“ rimentos peligrosos. La constitu-
“ cion dada á la nacion en 1806 por
“ un gran génio la salvó de la anar-
“ quia, y como curó los estragos de
“ 792, la misma constitucion puede

“salvar la Francia de la confusion
“emanada en 1848.”

Creo que estas dos conclusiones son exactas y útiles para todo pueblo que tenga necesidad de curar y evitar los funestos resultados de la guerra civil, y como los principales distintivos de la constitucion de los dos Napoleones, son: 1º la creacion de un congreso que no pueda discutir sino los proyectos de ley que le presente el ejecutivo, así como los gastos y contribuciones anuales: 2º la creacion de un senado que atienda principalmente á las urgencias departamentales; y 3º la organizacion conveniente de la accion y el poder del ejecutivo; veo que estas son las mismas condiciones que hoy necesita México para enfrenar la anarquía, para reorganizar la unidad de accion del poder, y para dar al pueblo la libertad morigerada á que aspira, y al mismo tiempo aquel reposo político que le permita dedicarse al desarrollo de los elementos de su felicidad y riqueza.

Una constitucion análoga en aque-

llos tres puntos radicales, consultada al pueblo por medio de un plebísquito sujeto al sufragio universal, no solo seria conforme con el espíritu del plan de Tacubaya, sino que legalizaria los resultados de éste y fundaria una base firme á las instituciones.

La segunda cuestion vital que se presenta ante la ansiedad pública, es la organizacion del erario, puesto que sin él es imposible la existencia del cuerpo social, siendo infalible que el estado de bancarrota que lo agobia, prolongado indefinidamente, traeria por consecuencia inevitable la muerte política de nuestra triste patria, cuya nacionalidad se halla tan amenazada.

Las dos clases de contribuciones que se han disputado las bases del sistema financiero en México, despues de su independendencia, son las indirectas y las directas. Estas segundas se inauguraron como por vía de ensayo para sustituir las primeras. Pero se han perpetuado ambas, y la confusion y la miseria son de dia en dia mayores. En mi concepto, las utopias é innovaciones

son muy peligrosas en punto á economía política, y así cuanto mas fuese posible acércarnos al sistema de contribuciones de los últimos años del gobierno español, sancionadas en este país por la experiencia, tanto mas acertariamos á reconstruir el erario. Es cierto que se necesitaria contar con manos fieles. ¿Pero para cuál sistema financiero no son estas necesarias? El orden como el desorden son comunicativos, y si el segundo ejerce un funesto contagio, el primero verifica y generaliza una saludable influencia.

Los hábitos del pueblo para contribuir son tan útiles, que es del todo necesario el aprovecharlos. Hasta nuestros indios estaban tan acostumbrados al sistema de alcabalas, que al entrar á una poblacion ellos mismos buscaban la aduana para pagar los derechos de sus mercancías, y como por la práctica y el instinto hacian pesar sobre el consumidor los derechos, no habia dificultad en exigir diez ó doce pesos al mismo individuo que despues se ha enfiurecido con la exaccion de un real

mensual de capitacion. ¿Y quién no veia la facilidad y espontaneidad con que el consumidor de tabacos labrados contribuia aun sin pensar en ello?

La renta del tabaco produjo en 1808 cuatro millones setecientos mil pesos de beneficio. ¿Podrémos decir que el número de consumidores ha disminuido? Creo que en general se pronuncia la opinion contraria, y si esta renta en su máximum, posterior al reestanco, produjo en 1845 solo un millon ochocientos mil pesos, se debe á la relajacion del hábito con la libertad de tabacos y al contrabando inevitable bajo el sistema manual de elaboracion de los efectos de venta. He aquí por qué me dediqué á formar máquinas para cigarros, puros y picados de tabacos. Por medio de ellas se manufacturarian los labrados con mas perfeccion, pero diferentes á los que ejecuta la mano humana, y así se evitaria el cáncer mortal de la renta, es decir, el contrabando en los estanquillos; y por último, así se quitará al monopolio la odiosidad de la tala de los sembrados, fa-

voreciéndose la exportacion de los tabacos sobrantes. Las máquinas están construidas, los pocos defectos que como invenciones enteramente nuevas puedan descubrir con el uso prolongado, se corregirán, y sus resultados serán infalibles para dar á la renta, si ésta se rehace, acreces é independencia.

Entre las utopias con que nos han contagiado algunos países, no es poco funesta la de la proscripcion del monopolio de tabacos. Las circunstancias escepcionales en que se halla la Inglaterra, permiten que pueda esa nacion hacer efectiva una contribucion muchísimo mas fuerte que el monopolio en México. Para demostrarlo haré observar, que el año en que el gobierno español lucró mas en este país con el tabaco, fué el 62 por ciento, y despues de la independencia en el año de 1845 la nacion utilizó solamente el 35 por ciento de sus ventas, cuando en Inglaterra el derecho de tres chelines y tres peniques que paga cada libra de ta-

tabaco en rama, muchas ocasiones es mas fuerte diez y ocho veces que el precio de dicho artículo en los almacenes de los diques; y asimismo, el derecho adicional de seis chelines á cada libra de tabaco labrado es mayor dos veces que la utilidad que obtienen los fabricantes ingleses. ¡Y son estos los que critican los monopolios y los derechos protectores de la industria!

Con la oportunidad escepcional de poder hacer efectiva una alcabala tres veces mayor que el lucro del monopolio bien puede proscribirse éste, pero en los paises en que hay una gran frontera y estensas costas accesibles, tal contribucion seria impracticable, y el contrabando se haria por la cuantiosa utilidad de su éxito, con mas teson que contra el monopolio. La prueba de esto nos la muestra la misma Inglaterra, donde el contrabando suele verificarse porque el contrabandista tiene la seguridad del lucro en los tabacos que logra una vez introducir, aunque caiga cinco ocasiones en la pena de comiso; y es evidente que sin unas costas tan

aprovechadas en todos sus puntos abor-
dables, y sin una tan ponderosa mari-
na, aquella nacion tendria que alterar
sus disposiciones con respecto al taba-
co, y muy probablemente ejerceria el
monopolio como lo ejercen Francia,
Rusia, Austria, España, Portugal, y la
mayor parte de los Estados de Europa,
sin que por eso pueda deducirse que su
civilizacion es inferior.

En México no ha habido jamas una
contribucion menos estorsiva en su re-
caudacion, porque el contribuyente
ocurre á comprar sus efectos sin aper-
cibirse de que contribuye, y tanto me-
nos disgustado cuanto que este mono-
polio obra sobre un objeto de gusto y
no de absoluta necesidad. Así puede
por lo tanto asegurarse, que jamas un
gobierno aparece mas moderado que
cuando se toma el trabajo de fabricar
artículos de lujo con los cuales indi-
rectamente pueda aliviar á la nacion de
contribuciones que directamente affli-
gen, muchas veces en circunstancias
penosísimas, á los contribuyentes. ¡Y
qué importa al consumidor el dar el

35 por ciento de utilidad al gobierno ó á unos cuantos fabricantes particulares? Y en verdad que no deben ser estos preferidos á la nacion. Si en un reestanco de la renta de tabacos se proveyese no solo á la exportacion de los tabacos sobrantes, sino que tambien se favoreciese esta por medio de mecanismos útiles á la elaboracion, puede asegurarse que esa renta seria la mas bien recibida de la nacion, así como la mas independiente del extranjero en sus elementos, y la mas popular por las ventajas que puede traer á la agricultura é industria de este ramo, el que estoy cierto, que sin mas que las ventas del gobierno español, daria, metodizado, como he dicho, cinco millones de pesos anuales á la nacion.

La elasticidad de la renta de tabacos es de un carácter muy particular, pues en Europa de año en año sorprenden sus acreces, á los que no comprenden como la fumacion de una planta narcótica puede seducir de tal modo las naciones en masa, y así es como las noticias de esta renta traen desde luego

la comparacion del producto de los paises que practican ó no el monopolio. En Francia, con éste y una poblacion de 38,000,000 de habitantes que fuman mucho, la renta de tabacos produce ciento veinte millones de francos, al paso que en Inglaterra con una poblacion de 28,000,000, y donde relativamente se fuma menos, produce cosa de ciento cincuenta millones de francos. ¿Quién hace contribuir mas á la nacion por el uso del tabaco, la Francia con el monopolio, ó la Inglaterra con la libertad?

Ast es como se ven las razones de conveniencia que tienen ciertos paises para proscribir el monopolio. ¿Qué estraño es que no lo ejerzan la Suiza, la Holanda, la Bélgica y las ciudades Anseáticas, si están rodeadas de naciones donde aquel existe y donde ofrece un lucro tan cuantioso este comercio en depósitos, que pueden realizar grandes utilidades, ya con los gobiernos monopolistas ó ya con el contrabando? En cuanto á los Estados-Unidos, la libertad del tabaco se explica por

las circunstancias excepcionales en que aquel país se encuentra para sostener su administracion, casi sin ejército ni marina de guerra, y donde los recursos normales son por esto tan suficientes que se han visto devolver caudales sobrantes á los contribuyentes.

Con frecuencia, ó mas bien casi continuamente, se ha agitado en el mundo la cuestion de qué clase de contribuciones son las mejores, y yo creo que los argumentos que se han vertido son redundantes cuando habla por sí mismo el evidente lenguaje de los hechos. Basta echar una ojeada por todos los sistemas financieros para conocerse por sus resultados estadísticos: 1º que en donde quiera que hay contribuciones mistas, las indirectas son las que rinden mayores productos: 2º que las directas hostilizan mas á los contribuyentes: 3º que en estas es imposible una rigurosa equidad: 4º que no hay un solo país civilizado en que las contribuciones directas sean exclusivas.

A primera vista seduce la teoría de

un modo inevitable, porque el bello ideal de un sistema financiero sería el que cada ciudadano contribuyese según sus goces y recursos, y que, por un principio de convencimiento y patriotismo, llevasen por sí mismos y sin apremio sus cuotas al erario. Pero la práctica con sus resultados inconcusos, nos demuestra que por lo menos el mundo está muy lejos de haber llegado á aquel estado de civilización y perfección en que la teoría sea acorde con la práctica en este punto. Hoy lo que se mira es el egoismo con que los hombres eluden, cuando pueden, las contribuciones, y que cuanto mas directas son estas, necesitan ser tanto mas fuertes las leyes penales. no solo contra el contribuyente fraudulento, sino aun contra del moroso.

Pero lo que mas hace perniciosas las contribuciones directas, es la imposibilidad de hacerlas equitativas, porque ¿cómo hacer contribuir justamente al especulador que encierra sus caudales en una cartera, y que acaso es mas rico que las autoridades mas altas?

La desproporcion en las contribuciones directas es tanto mas odiosa, cuanto que pesan mas duramente sobre el pobre.

En Inglaterra las contribuciones directas están basadas en general sobre la propiedad, y aun así y en aquel país en donde el valor de ésta es mas fácil de conocerse, es comun la queja de su injusticia, y el Incame-tax solo fué dictado por Sir Robert Peel para poder llevarse al cabo los principios del comercio libre, pero con la protesta de no continuar aquella contribucion sobre la propiedad, sino por el tiempo determinado en que creyó que las rentas comunes bastarian para cubrir las urgencias del erario. Y aun así, este golpe á los propietarios, reunido al que les inferia la falta de proteccion á la agricultura, por la ley de cereales, hizo que aquel célebre ministro en 1846 tuviese que dejar la carrera política, y se encontrase él mismo batido y sacrificado, cuando obtuvo el triunfo de los principios de Mr. Cobden.

En nuestro país las contribuciones

directas se han extendido á las **fincas** rústicas y urbanas, á los establecimientos industriales, á los sueldos y salarios, á las profesiones y ejercicios lucrativos, á los objetos de lujo, á los giros mercantiles, á la capitacion, y por último, á los derechos de patente, y sin embargo de esta multiplicidad que casi abraza todos los ramos del provecho individual, nunca estas contribuciones han montado á la tercera parte del producto de las indirectas, á pesar del desórden y sisa que estas sufren.

A mí me parece que las alcabalas y sus ramos análogos, la renta de tabacos, la de pólvora, la de naipes, la de correos y la de papel sellado como indirectas, y las de fincas rústicas y urbanas y derechos de patente como directas, son suficientes, bien administradas, para cubrir un presupuesto prudente de la administracion general, quedando las de objetos de lujo, las de canales, de mercados y otras locales para el sosten de las municipalidades.

Para regenerar la lealtad de los empleados de hacienda, hay aquellos re-

cursos de premio y de castigo que son infalibles, cuando intaliblemente se aplican.

Pero de nada serviría que las contribuciones fuesen suficientes y sus empleados fieles, si en la distribución de los caudales hubiese abusos: estos serían un abismo donde se hundirían todos los sacrificios de la nación, y donde se ahogarían el honor y la esperanza. ¿Necesitaré acaso el pintar la triste perspectiva que en este punto ofrece este desgraciado país? No, en verdad: ella es tan terrible y palpable, que como un cauterio, no hay llaga que deje de punzar por su funesto contacto.

En las malas operaciones de distribución de los caudales públicos, entran ciertas especulaciones que impropiamente se califican con el nombre de ágio, pero las cuales no se pueden ni lógicamente ni moralmente confundir con este, ni con la usura.

El dueño del capital puede imponer á aquel que le pide prestado su dinero, un interés que le indemnice del peligro que corre al prestarlo, y es cla-

ro que aquel interés debe crecer en razón directa de sus riesgos. Si hasta aquí se detuviese la acción del capital, la usura sería á todas luces lícita; pero esta viene á ser reprobada y prohibida porque el usurero, por lo comun, fomenta los desórdenes y despilfarros, y ejerce, principalmente en la juventud, una seducción que le trae provechos culpables, y que él mismo ha preparado y causado, sembrando el luto y la desgracia en las familias.

En las operaciones del ágio sucede una cosa análoga, y no son los negocios de un interés simple los reprobados, sino aquellos negociados bochorrosos, procurados y sostenidos con el desorden, y en los cuales suelen existir condiciones ocultas y de un interés privado de corrupcion. Este terrible mal, es de tanta y tan grave magnitud que por sí solo conduciría á la nación á su ruina definitiva. El está sin embargo, al alcance de todos, y por esto el apoyo feliz que el actual supremo gobierno tiene, con justicia, en la opinion pública, consiste en sus protestas y

honrosos antecedentes de desinterés y de orden.

Mas no es suficiente que los altos funcionarios sean puros y justificados; la opinion general nota abusos secundarios que es necesario extinguir, y que á mí me basta indicar por solo los principios generales. muy lejos de atacar ni oficina ni persona determinada, lo cual seria opuesto al espíritu abstracto y de concordia de este escrito

Existen sin embargo, prevenciones injustas en los pueblos, y estos condenan indebidamente personas y capitales muy honrosos, tan solo porque intervienen en negocios cuyas sanas utilidades no están al alcance de la generalidad, ni menos aquellas circunstancias apremiantes é imperiosas que contra el interés comun obligan muchas veces á abrazar partidos extremos. Pero como la opinion pública es de una fuerza irresistible, y á la cual es necesario acatar, yo creo que un gobierno que se decida á formarse una opinion inmaculada, debe evitar esos negocios, su-

jetándose estrictamente á sus recursos, y dando á los capitales una ocupacion lucrativa con bien positivo de la nacion, porque jamas la satisfaccion de una urgencia momentánea puede beatificar la ruina del porvenir.

Pero se me preguntaria: ¿Cómo satisfacer las circunstancias del momento? ¿Cómo evitar que el dia de hoy no sea el escollo del dia de mañana? Yo no tendria para esta cuestion otra respuesta que: la equidad. Las virtudes dejarian de tener su carácter providencial, si no fuesen eficaces para todos los casos de la vida civil, así como para los de la individual. Para esplicarme; supongamos que un padre de familia en medio de la abundancia disfruta con aquella de toda su riqueza, y que ella está al alcance de la distribucion justa y virtuosa, de los gastos y recursos, y de que si llega la escasez esta pesará igualmente sobre el gefe, como sobre todos los miembros de la familia. ¿Tendrian estos motivo justo de queja? No, en verdad: y se puede asegurar que todos

procurarian aliviar con su resignacion y amor la afliccion del virtuoso padre.

Pues este ejemplo es exactamente análogo á los sentimientos que necesariamente abrigará una nacion en las abundancias, así como las escaseces que obrasen igualmente sobre todos. Un gobierno paternal en grado tan eminente, no solo tendria la satisfaccion de ver el contento de los ciudadanos, aun en medio de las mas graves penurias, sino que alcanzaria el placer de que estas desaparecieran como por encanto al impulso de todas las energias reunidas.

Las obligaciones de una nacion son de cuatro clases: 1.^a aquellos pagos internacionales que le importan su seguridad y honor: 2.^a los gastos del material de que no puede prescindir para asegurar su defensa é independencia: 3.^a el pago de fieles servidores, cuyo sueldo es tan pequeño que no es posible sufran deduccion alguna sin carecer de lo necesario para la existencia: 4.^a el pago de los empleados, cuya disminucion no les impida el

vivir aunque con privaciones soportables. Las tres primeras clases son intocables, so pena de abismarse en un laberinto de disgustos y tal vez de ruina. La última clase es la única que puede hacer sacrificios fructuosos. Pero si bien este es un mal terrible, en nuestro país hace su misma gravedad practicable el remedio. La enorme lista de los servidores del Estado que pueden apelar á la equidad de un justo reparto, es de tal magnitud, que veriamos sin duda el efecto de esta sabia providencia, si tuviera á bien el supremo gobierno el dictarla. No faltarian egoistas que la repugnasen, pero el poder de la virtud es tal, que los enmudecerian.

Sin embargo, no serian suficientes la virtud y el acierto en los medios financieros, en una nacion tan abyecta y empobrecida como la nuestra. Los sacrificios son siempre costosos, y á la larga insoportables. Los derechos criados son siempre caros aun á aquellos que no los merecen, y cuando las privaciones no son el resultado espontá-

neo de una virtud acrisolada, se suble-
van contra la virtud misma, y suele el
impulso de intereses bastardos derri-
bar con el vértigo de un día las espe-
ranzas del porvenir.

Al terminar esta breve reseña so-
bre la hacienda pública de nuestro
pais, debo enumerar entre los mayores
males que han influido en la gradual
decadencia del erario, la desatencion
de las oficinas de glosa. Nunca se ré-
vela mas la superficialidad de los go-
biernos, que cuando desprestigian ó
envilecen los tribunales de revision
de cuentas, ya escaseándoles los recur-
sos con que debian conservar su digni-
dad é independencia, ya eliminando
de su accion responsabilidades parti-
culares, ó ya en fin, retirándoles el apo-
yo respectivo y eficaz que se debe á
los depositarios de la verdadera llave
de la prosperidad. El gobierno que
así obra imita á un liciado que arroja
lejos de sí sus muletas para caer en el
ridículo, en la parte moral, y para llevar
mil golpes funestos en la parte física.
En un país en donde los empleados

de hacienda están seguros de que tarde ó nunca se han de revisar sus cuentas, tienen la tentacion mas peligrosa para defraudar los caudales públicos. Tentacion es esta, tan aguda, que raramente se puede evitar su corruptora influencia, y frecuentemente la primera falta en la conciencia financiera de los empleados abre irremediabilmente el abismo deshonoroso, (aunque tranquilamente asegurado por la falta de glosa) donde se lanzan con una prolongada impunidad. Inútil es esforzar los argumentos de la urgencia de una rigurosa y efectiva revision de cuentas, porque esta necesidad es de aquellas que se hacen sentir en el cuerpo social como la de la respiracion en el físico.

Pero para que la glosa sea efectiva, es indispensable la organizacion de un tribunal dotado convenientemente, percibiendo sus honorarios con absoluta independencia y provistos como resultados de derechos especiales que en sí mismos afecten convenientemente los expedientes y cuentas que deben glo

sarse para promoverse asimismo de este modo la actividad de los trabajos. Un proyecto de decreto para la creacion de este cuerpo superior de hacienda, lo presentaré al supremo gobierno, si este tuviere á bien demandármelo.

Pero de poco serviria la accion efectiva de un tribunal de glosa si no se proveyese á la fácil y sencilla contabilidad. Cuando ésta de por sí es tan complicada, como lo deben ser por su grande ramificacion las cuentas de una nacion, la oscuridad se aumenta con la laboriosidad de las fórmulas. En este punto las utopias de los que creen afianzar la integridad financiera con la complicacion de los métodos, no consiguen sino aumentar la confusion, con la cual se asegura la impunidad del fraude.

La contabilidad debe ser uniforme y sencilla, pero de una coherencia absoluta, basada sobre documentos infalsables. Por eso el tribunal de cuentas deberia ser unitario en sus decisiones fiscales; pero dividirlo para sus labores en tres secciones: 1.^a de cuen-

tas normales: 2ª de resagos; y 3ª de expedicion, revision, confrontacion y calificacion de documentos.

Basten las indicacionns que he espuesto en este opúsculo para hacer comprender mis ideas sobre hacienda pública. Mis planes acerca de ella son sanos, y sobre todo sinceramente desinteresados. Si su organizacion se juzgase conveniente, apreciaria yo en el alma que mejores conocimientos que los mios les diesen forma y vigor, aunque siempre estaré dispuesto á contribuir con mis débiles luces, y á procurar en mi pequeña esfera, y sin salir de la vida privada, la actividad vivificadora del erario, de la cual necesita la nacion con tal urgencia que solo puede compararse á aquella con que el moribundo desearia el remedio infalible que debiera sanarlo, y para cuya oportunidad solo tuviese momentos contados é improrogables.

Al hablar de la hacienda pública, no puedo dispensarme de dar una ojeada sobre la deuda nacional, y en verdad que solo debe esperarse su remedio del

tiempo y de la prosperidad del país. La deuda estrangera ha venido á ser un gravámen tan oneroso para México, que cual una pesada cadena oprime y setranguila nuestra triste nacion.

Cuando en 1823 se negoció el primer préstamo inglés se preconizaba en México la funesta doctrina de que de este modo aseguraba esta República su independendencia, criando intereses laterales en una nacion poderosa, que los defenderia, defendiéndonos por consecuencia á nosotros. ¡Desventurada ilusion! ¿Qué ha hecho pues la Inglaterra en nuestro favor, no solo en nuestras tristes querellas, mas ni aun siquiera en las injustas y agresoras guerras que hemos sufrido? En realidad su actitud ha sido peor que neutral, pues nos ha oprimido con el peso moral de su indiferencia ó de su crítica cáustica; y cuando nuestra nacion se ha debilitado á términos de no poder cubrir sus compromisos, se promueve en nuestra contra el desprecio del mundo, y se azuza el espíritu devastador y rabioso del filibusterismo

americano por los órganos mismos de la prensa inglesa que ostentan el estandarte de la civilización, de la justicia y de los derechos internacionales. ¡Estraña anomalía! ¡Los intereses que creíamos nuestros protectores necesarios, son los que se invocan para destruirnos, y en vez de tendernos una mano amiga, cuando estamos al borde del precipicio, se nos empuja con el golpe afrentoso del desprecio! México no puede hacer reclamaciones contra la prensa inglesa, apoyadas en el poder físico de una escuadra; pero yo, aunque débil y oscuro levanto la voz de la justicia y de la conveniencia para protestar ante la conciencia del generoso pueblo inglés, manifestándole la responsabilidad moral en que incurren sus periódicos, y en especial el Times, al promover males sin número contra su misma nación y contra México, al tratar de persuadir como provechoso el final esterminio y anonadamiento de este país desventurado, que poblado providencialmente por la raza latina, parecía estar destinado para ser

el contrapeso que contuviese en sus justos límites, y moderase, para bien de la civilizacion, los acreces inconvenientes del poder del Norte.

Yo amo á la nacion inglesa, he vivido varios años en ese bello y hospitalario país, y en él he cerrado la mano de sinceros amigos, por eso me duele mas el que la opinion pública se perverta en la hermosa Albion, y se desconozca la importancia de primer órden que hay, para el antiguo mundo, de reelevar á México de la postracion en que se eneuentra, y de apoyarlo hasta ponerlo en estado de atraer una emigracion útil y vivificadora; porque entonces este rico país haria el resto, y el equilibrio del nuevo mundo garantizaria el del antiguo.

Yo no entraria en detalles analíticos de la deuda inglesa, si su triste historia no fuera un ejemplo elocuente de lo ruinoso que son esa clase de préstamos para los paises nacies y débiles como México, y de este modo poner al menos en guardia á esta nacion para el porvenir, alejándola cuan-

to sea posible de contraer compromisos que la humillen y comprometan, ó nulifiquen su independencia.

Los dos préstamos ingleses fueron; primero el contratado en 1823 con la casa de los señores Goldsmith y compañía, con el descuento del 58 por ciento y el interés del 5 por ciento anual, por manera que el préstamo nominal fue de 16,000,000 de pesos, y el efectivo de 6,720,000 pesos.

El segundo préstamo negociado en 1824 con la casa de los Sres. Barclay, Herring, Richardson y compañía por otros diez y seis millones de pesos nominales, con un descuento del $50\frac{3}{4}$ por ciento y un rédito anual del 6 por ciento, por lo que el préstamo efectivo resultó ser 9,200,000 pesos. De este modo el gravámen efectivo fué para México de 32,000,000 de pesos, con el rédito anual de 1,760,000.

Pero analizándose estrictamente las cantidades percibidas por el gobierno mexicano, se verá que de los treinta y dos millones de pesos, hechas las deducciones legítimas de los dos contratos,

quedó el préstamo reducido á 15,820,000; pero si aun de esta cantidad se rebajan el préstamo que México hizo á Bolivia, y ademas los enormes corretages, los réditos anticipados, el gravámen de vestuarios contratados lateralmente á precios exagerados, los cambios del dinero, y posiblemente serias irregularidades de las cuales ni se debe ni se puede entrar en detalles en este escrito, es muy probable que México no percibió en realidad ni 9,000,000 de pesos por una deuda enorme, y de la cual tenia que pagar, como hemos visto, un rédito anual que casi montaba á la cuarta parte del capital verdaderamente percibido en este país.

No es mi ánimo seguir la historia de esta deuda en todas sus fases, sino simplemente bosquejar á grandes trazos su actual estado, por lo que diré: que á pesar de los sacrificios hechos por la nacion para el pago de réditos, y de las quitas cuantiosas hechas por los tenedores de bonos, la deuda inglesa montaba en la conversion de 1846 á la suma de 53,573,730

pesos. En 4 de Octubre de 1850, por un decreto (con el cual convinieron los tenedores de bonos) se redujo el interés al 3 por ciento y se les ministró una parte de la indemnizacion americana. Aquellos réditos solo se pagaron hasta 1853, y de entonces acá se han entorpecido los pagos de tal modo, que apenas contaba la agencia mexicana en Lóndres con una cantidad relativamente insignificante para atender los continuos reclamos de los acreedores, por manera que reunidos los intereses al capital, la deuda inglesa no debe bajar hoy, en números redondos, de 62,000,000, de pesos.

Hé aquí esa funesta deuda casi doblada en el breve periodo de 34 años, si se atiende á su valor nominal, y septuplicada para Mèxico si se considera la percepcion efectiva del capital primitivo, á pesar de los enormes sacrificios que, (con relacion á nuestras penosas circunstancias) se han hecho para el pago de réditos. ¡Y estos son los intereses que se invocaban como protectores naturales de México, y los

que verdaderamente amenazan la vida política de este país!

Las naciones deben tener, como los individuos, una conciencia; y si por una parte digo á Mèxico que aunque pobre y desgraciada, conserve su honor y que jamas repudie su deuda, como lo han hecho países menos escrupulosos, tambien invoco la conciencia y la conveniencia inglesa, y la invito para que echando una ojeada al origen, importancia y deprimidos precios de los bonos mexicanos, orille esta deuda á una situacion fácil, y proteja seriamente este país, destinado tal vez á salvar un dia la gran Bretaña de una ruinoso situacion. Inglaterra y México están en el caso de no fundar sus relaciones en lo que son, sino en lo que pueden ser. Hoy México es el niño enfermizo que necesita de indulgencia y de apoyo, y acaso vendrá un dia en que sea el Atleta que fije las admiraciones de un mundo agradecido.

Pero volviendo á la deuda nacional, no podré menos de presentarla ante mis compatriotas con sus sombríos co-

lores, y reasumiéndola en números redondos aparecerá formada de las cantidades siguientes:

Deuda inglesa.....	\$ 62,000,000.
Convencion anglo-española...	5,000,000.
Id. española.....	7,000,000.
Id. Francesa.....	200,000.
Reclamaciones americanas....	13,000,000.
Deuda interior.....	50,000,000.
<hr/>	
Suma.....	\$137,200,000.

Esta suma no es alarmante sino por su origen y por las tremendas circunstancias en que nos hallamos; pero si se atiende á los elementos naturales de México, se verá que bien explotados, desvanecerian como por encanto esa rugiente y amenazante tempestad de nuestra deuda. Los Estados- Unidos se endrogaron casi en otro tanto para hacernos la guerra de un año, y la elasticidad de la prosperidad es tal, que tuvieron que garantizar algunos años de existencia á su deuda para que los prestamistas no la mirasen como efímera.

Pero en lo que sí debemos fijar la atencion seriamente, es en el giro que el comercio extranjero en México ha dado á su existencia en este pais. La exageracion y prurito de sus reclamaciones, ha llegado á términos de levantar un estado dentro de otro estado, gozando el primero de todas las inmuni-
dades, provechos y real supremacia, donde el segundo reporta todas las cargas, todas las responsabilidades y todos los reproches, reproches muchas veces causados por los mismos que los lanzan.

El espíritu de lenidad y de concordia que me he propuesto en este escrito, me obligan á abstenerme de un análisis mas profundo sobre esta materia; y usando solo de un lenguaje calmante, me es forzoso manifestar cuánto seria de desearse que los extranjeros residentes en México, se persuadiesen hasta qué punto les conviene la prosperidad del país, y cuánto estaria en su provecho el que en esta desgraciada República se elevasen moralmente esos poderosos re-

sortes de la opinion, que aunque neutrales en la política, pueden ser de una inmensa utilidad en el progreso material y social, cuya prosperidad alcanzaria á todos los que la habitan.

Para que una nacion pueda ser feliz y fuerte, es indispensable su prosperidad; y esta, que se desarrollaria por sí sola en circunstancias normales, necesita, en nuestra penosa situacion, promoverse con todas las energias del supremo gobierno, y que éste ponga en accion todos los resortes de su poderoso influjo. Del mismo modo el gobierno de una nacion desventurada, que quiera rendirla rápidamente prospera, necesita regenerarla y sanarla, como en nuestro caso, de los horrores y males que la hayan hecho degenerar de sus elementos naturales. Estos elementos pueden desarrollarse y prosperar aun en medio de una guerra extranjera; así es que la decadencia es siempre el resultado de los desaciertos de sus gobernantes, ó los estragos de la guerra civil, y lo que es mas frecuente, de ambas causas reunidas. Así

es que cuando llega la feliz oportunidad de un gobierno sabio y justificado, que sea por estas prendas capaz de reorganizar el orden, necesita ante todo la fuerza necesaria para reasumir en sí mismo todos los elementos indispensables del bien.

Generalmente hablando, es fácil á un gobierno enérgico é inteligente el hacerse fuerte, y la diferencia solo está en que la fuerza de un gobierno malo es efímera, pues los elementos de descontento que cria la destruyen; podrá durar mas ó menos, en medio de la desgracia del pueblo, pero su fin llega infaliblemente, cuando por el contrario, la fuerza de un gobierno paternal, es durable y menos costosa, y aun cuando necesite al principio sobreponerse á los malvados, una vez nulificados ó extinguidos estos, sigue una era de calma y de fácil administracion.

Supuesta así la fuerza de un gobierno de buena fé, necesita regenerar la nacion por los cinco medios siguientes: 1º rehaciendo el principio de autoridad y de obediencia: 2º apoyando la

moral y la religion: 3º elevando y acatando el imperio de la ley y la justicia: 4º moralizando los resortes administrativos, defensores y financieros: 5º promoviendo las mejoras materiales. Cuando así lo verifica, se puede asegurar que al simultáneo impulso de estos medios es infalible el resultado, y que lo aguarda la inmortalidad para darle el premio inmarcescible debido al genio providencial.

Para rehacer el principio de autoridad y de obediencia, se necesitan tres eminentes cualidades: la virtud acrisolada del que manda: su energía para castigar al malvado, como su generosidad para premiar al bueno; y por último, su oportunidad para dirigir al pueblo aquellas alocuciones ó palabras adecuadas que lo entusiasman y disponen para obedecer sin hacerse violencia. Estas cualidades, deben suponerse en todo gobierno cuyo programa es la regeneracion de un país desgraciado, y por ellas el actual supremo gobierno de la República, sabrá hacerse obedecer, con cuyo éxito indispensable po-

drá confiar en sí mismo y dirigir sus planes con paso firme hácia la reforma tan anhelada.

En cuanto al segundo de los medios necesarios para regenerar la nacion, me cabe tambien el placer de que jamas ha existido en la República una situacion tan feliz y adecuada. Despues de los ataques que han sufrido en la última administracion, no solo el culto y sus ministros, sino la religion misma, la indignacion del país se ha pronunciado contra aquellos crímenes, y se procura borrarlos con acciones explisitas de expiacion y justicia. Al menos en este punto lo agudo del mal no habia decaido en la cronicidad de nuestros otros sufrimientos políticos y sociales. Procuremos que el remedio sea radical y estable, porque una reincidencia en este particular haria imposible la curacion, y México sin religion seria una nave sin timon ni velas en medio de una desecha borrasca.

Afortunadamente esto no puede ser, porque en las grandes catástrofes sociales, cuando parece que van á pere-

ces hasta los fundamentos de la sociedad, es en la religion donde se conservan los santos principios de la moral; y cuando cede el furor de las pasiones, al grito natural de la conciencia, los hombres sienten en sus corazones esa misma moral, impresa en ellos por la mano bondadosa del Criador, y retroceden de la funesta vía de destruccion, acatando de nuevo la religion santa en donde ven conservada la antorcha de la moral como el faro que los salva de la tempestad. Así es como la religion se conserva al través de los vaivenes políticos y sociales, y así México imita é imitará á todos los pueblos profundamente conmovidos, que cuando vuelven al orden y á la paz son siempre y sin escepcion mas piadosos.

Un pueblo que perdiese en lo absoluto el sentimiento moral seria un fenómeno único y detestable, digno de perecer, y pereceria sin remedio devorado por sus propios crimines; pero tal pueblo no puede existir ni en la misma barbarie, y por lo tanto menos pode-

mos creer que lo sea nuestro dulce y benevolente México, donde el desorden solo puede ser pasajero.

Para cumplir con el tercer medio regenerador indicado, no hay tanta facilidad como en los dos anteriores. La moral y la justicia han sufrido tan profundamente, que parece desde luego sumamente difícil su pronto remedio. Sin embargo, el buen ejemplo del supremo gobierno y sus eficaces medidas, harán que reunidos á la buena índole de los jueces mexicanos, el ramo de justicia obtenga toda la integridad é influencia tradicional de que se han gloriado nuestros antepasados. Es notablemente consolatorio el ver nuestros jueces conservar su dignidad en medio de circunstancias tan aflictivas. Habrá algunos que hayan faltado en el uso de sus altas funciones, pero estas escepciones afortunadamente son raras.

No es, en verdad, del carácter de la judicatura mexicana de lo que tenemos que quejarnos, y sin embargo de sus honrosas disposiciones, vemos las cár-

celes reenchidas de criminales y convertidas en la escuela del vicio; las causas demorándose mas tiempo del debido en sus trámites, y cuando el castigo viene á pesar sobre el culpable, generalmente queda ya desairada la vindicta pública y el pueblo sin ejemplares saludables.

La sociedad en todas partes es benigna, y cuando la pena no sobreviene próximamente al crimen, compadece al criminal en vez de verlo con el justo celo de la moral ofendida. ¿Y qué diremos de la multitud de culpables que salen de las cárceles sin el castigo de la ley, dándoseles solo por conpurgados con el tiempo de prision? Ellos llaman á esto componer sus causas, y sin escarmiento ninguno, solo han sufrido una detencion que deja siempre profundas huellas de corrupcion en sus corazones.

Pero todas estas calamidades son pequeñas comparándolas con la tremenda práctica que se ha introducido, de disponer de la vida de los presuntos criminales por los mismos que inmedia-

tamente los persiguen. Estas funestas medidas ponen á la sociedad bajo la ley del mas fuerte, y los bandidos obcecados por la misma persecucion, se reunen, como ya se observa, en gavillas bastante fuertes para resistir sus perseguidores, y suficientemente irritadas para cometer los últimos exesos de la corrupcion y crueldad. Díganlo por desgracia los bandidos de Tepic, los de Michoacán, los de Guerrero y los de tantos puntos donde han sacrificado, en medio de horrores inauditos, no ya personas, sino poblaciones. El corazon sufre al fijarse la vista en este cúmulo de males que retrogradan nuestra triste sociedad á la barbarie.

Pero si hay todavia un mal superior á cuantos llevo descritos, es el que las comisiones militares, con facultades de vida y de muerte, se dan ó se abrogan, con el pretesto de la apatía de los jueces y de la impunidad de los criminales cuando se sujetan á las formas de la ley. Este desprecio, este oprobio que se lanza sobre la justicia, es un síntoma de tan terrible carácter, que

sin duda él constituye la verdadera barbarie; pues cuando el hombre desecha las reglas de moral y de prudencia que forman el cimiento de la sociedad, toda ella debe desplomarse convertida en polvo.

En verdad, que no pudiendo culparse à los jueces del lamentable estado de la justicia en nuestro país, es indispensable reconocer el origen de esto en las instituciones legales y sus procedimientos. En los dias de calma, la natural filantropía del hombre hace aguzar el ingenio del legislador para formular trámites que pongan la inocencia al abrigo de la calumnia ó de la tiranía; pero en las circunstancias anormales esa complicacion de las prácticas criminales, sin escudar al inocente, solo sirve para alentar y dar pábulo à las intrigas del culpable. Así es como después de los grandes sacudimientos suelen aparecer códigos simples y refundidos, que contribuyen à la reconstruccion del orden. Si Napoleon el grande no hubiese hecho otro bien à la Francia que el de su código,

ya tendria esta que reconocerle por ello una durable gratitud.

Creo con la mayor parte de los hombres de buena institucion, que nuestros males, en punto al vandalismo, son de tal gravedad que necesitan un remedio pronto y enérgico, y que la premura con que la seguridad pública lo exige es tal, que no presta el tiempo necesario para aguardar la promulgacion de un cuerpo de leyes y prácticas normales. Así es que una ley que criase tribunales especiales, por determinado tiempo, seria de un efecto favorable. Los trámites de esos juzgados ambulantes deberian ser los mas simples, su accion la mas enérgica, sus facultades las mas latas, pero sus sentencias siempre serian el resultado de la ley, y sus hechos estarian sujetos á responsabilidad, sin cuyos requisitos no pueden evitarse los abusos á que se lanza la fragilidad humana, ni los criminales se sobrecojen del justo terror que da á la conciencia la voz soberana de la ley.

Pero esos tribunales especiales, útiles en circunstancias apremiantes, prolon-

gados por mucho tiempo serian una terrible calamidad, por lo que creo que sin perdida de momentos debe trabajarse un código penal que los haga innecesarios y que dé unidad y simplificacion á la legislacion del ramo. El presidente que lo logre debe estar cierto de que lo aguarda una inmortalidad gloriosa.

El respeto á la ley es el elemento indispensable para la existencia de un gran pueblo. Mientras los romanos acataron la ley fueron invencibles, y un puñado de Espartanos á quien la ley prohibia volver de la guerra si no eran vencedores, respetaron la ley sobre la vida, y detuvieron en las Termópilas el ejercito de Xerjes. Así la gloria de aquellos trescientos héroes es tan grata á la humanidad, que continuamente se les cita y citará para ejemplo de los hombres, mientras la virtud y el patriotismo tengan un eco en sus corazones.

Un país civilizado no puede abandonar el orden legal sin desfallecer debilitado por los propios exesos á que se lan-

za; y lo que ha distinguido las monarquías para hacerlas durables, ha sido el que los monarcas, aun los mas absolutos, han respetado por lo menos su propia palabra, cuando tenia la fuerza de ley, y basta abrir la historia para cerciorarse de que luego que la tiranía ha hollado las leyes ha formulado su propia ruina.

Me he detenido en estas pocas reflexiones, que son del conocimiento universal, porque en nuestro país infortunadamente existe ya demasiado desarrollado ese síntoma tremendo de decadencia, si no de disolucion social, es decir, el desprecio de la ley. Es indispensable que el pueblo comprenda que la verdadera libertad es la garantía legal, y que los gobiernos recuerden que no podrán afirmarse ni gobernar á los pueblos fácil y gloriosamente, sin levantar sobre sí mismos el sòlio sacrosanto de la ley.

El cuarto medio que he indicado como necesario para regenerar una nacion desventurada, es el de moralizar los resortes administrativos, financieros

y de defensa. La absoluta necesidad de este medio regenerador es tan manifiesta, que desde luego se percibe que una nacion en que existan la moralidad administrativa, financiera y militar no puede estar en decadencia, porque si cuenta con estos elementos poderosos de fuerza y de energia, la vida nacional tiene todo lo necesario para su conservacion y gloria, sea cual fuere su pequeñez y relativa pobreza. Díganlo si no, la Dinamarca, la Suiza, y aun el mismo semibárbaro Montenegro.

Nosotros, para nuestro tormento, podremos citarnos como antítesis de esas pequeñas y heroicas naciones. Un puñado de hombres habria cavado la tumba de los invasores que por la primera vez han penetrado en nuestro suelo independiente; y por solo la debilidad de los resortes que he indicado, se ha visto, en dias de funesta memoria, ondear en esta misma capital un pabellon extraño. En verdad que no falta á nuestro ejército bravura ni frugalidad, ni ninguna de aquellas prendas que se

requieren para ser heroico. Si en mas felices circunstancias, para el orden y la moralidad del país, se presentase otro invasor, hallaria su ruina en lugar del triunfo. Los elementos naturales que poseemos de defensa no han sido jamas exagerados, y el verdadero enemigo que nos ha vencido fué solo el funesto vértigo de una prologada guerra civil.

Nuestro ejército se halla desmoralizado: 1º por las continuas guerras intestinas, cuyo flujo y reflujo siempre se ha apoyado en el ejército mismo: 2º por la prodigalidad de los grados militares; 3º por la miseria en que se ha tenido al soldado; 4º por el desden de las leyes militares; y 5º por el sistema de levás.

Para remediar la primera causa de este mal, existen los sentimientos de patriotismo y de orden del supremo gobierno, que reunidos á una sabia reforma en las instituciones, y la promocion de las mejoras materiales, traigan á la nacion la abundancia y libertad bien entendida, que la hagan probar

las dulzuras de la paz, en que el ejército mismo sea el apoyo del orden y el promovedor de la felicidad pública en vez de su destructor azote.

En el corazon del hombre existen los gérmenes de moral dados á nuestra alma por la bondad divina, que nos salvan del mal y nos dirigen al bien, escepto cuando la humanidad obcecada se empeña en ahogar esos sentimientos que Dios ha querido que para ser perfectos sean espontáneos. Acatándose estas dulces tendencias de la sociedad hácia el orden, éste prosperaria rápidamente y traeria consigo el premio. El ejército convertido en el apoyo de la tranquilidad y de la paz, marcharia en medio de las bendiciones del pueblo, llevando consigo la felicidad y la abundancia. Pero si el ejército sirviese de instrumento ciego á miras interesadas y perversas, seria necesario decir adios no solo á la felicidad, sino aun á la esperanza; y México, hundiéndose de mas en mas en la miseria y en el vicio, veria en medio de las escenas mas terribles levantarse aquellas dictaduras

militares que en un solo día suelen alzar un gefe al sólio, en la mañana, para hacer rodar en la tarde su cabeza en el patíbulo. Despreciándose poco á poco los principios, se lanzan los hombres á las vías de hecho mas violentas, y llega la vez en que una crápula de patrulla, el dicho de un ébrio, ó la chanzoneta de un cabo de escuadra trastorna el órden, hace correr la sangre á torrentes, derrama la calamidad, difunde el espanto, desploma la autoridad y hace flotar la miseria, el luto y el crimen sobre las olas pavorosas de un lago de sangre.

La Turquía enviando los sultanes del trono del serrallo al lazo del verdugo, y sus verdugos á la horca ó á la hoguera, presenta ese terrible espectáculo de la funesta ley del alfange, que no cesó sino con la total destruccion de los gé-nizaros en medio de una expiacion, ella misma pavorosa con sus ecatombes de víctimas. Y Roma en el bajo imperio nos da la misma leccion tremenda, mostrándonos doloridamente que aun la reina de las naciones, degradada y

envilecida con sus revueltas militares, no pudo salvarse de sus motines legionarios, hasta que ella misma cayó sumergida en sangre con sus legiones parricidas, bajo la terrible clava de los bárbaros. México mira en tan espantosa leccion la suerte que le aguardaria si sus revueltas militares continuasen, y consiguientemente consumasen su degradacion; para el castigo de este país y de semejante ejército no seria necesaria una nacion poderosa, los bárbaros del Norte y los del Sur bastarian para la obra expiatoria y de destruccion, y en vez de los lamentos de la humanidad compadecida, solo se oirian los crapulosos alaridos del salvaje en el antropófago baile de las cabelle-ras.

¡Esperamos de la piedad paternal de la Providencia divina, que el vicio no se arraigará en nuestro ejército, y que éste llenará el noble objeto para que la nacion lo arma y alimenta, encomendándole la fiel custodia de sus intereses mas caros y sagrados!

La profusion inaudita que hemos

presenciado de los grados militares, trae consigo el desprestigiarlos, el empobrecer al erario, y el nulificar para los individuos agraciados las ventajas nominales de esos empleos, superiores solo en el nombre. Este mal no tiene remedio posible en cuanto á lo pasado y^o solo lo presenta para el porvenir. Algun dia deberá cesar este abuso de la autoridad, y se convencerá ella de que nada consigue con esa prodigalidad funesta, que sin asegurarle sus criaturas solo le forma celosos y descontentos, y exita esa febril ambicion, con sus manejos muchas veces inícuos, y sus necesidades y tentaciones de lujo y de derroche.

La tercera causa de desmoralizacion del ejército he dicho que es la miseria, y en este punto el ejército mismo puede distinguir hasta donde es la verdadera causa de ella. Cada revolucion trae como resultado infalible el empobrecimiento del erario, el trastorno de la contabilidad, la impunidad de las bancarrotas, la perdida del material y armamento, y ese cúmulo de desorde-

nes de que el soldado es víctima, más desgraciada sin duda que aquellas que sucumben en el campo de batalla. Reflexione, pues, el ejército que la lealtad es el instinto militar que lo hace invencible, que le salva y que salva las naciones. Cuando el soldado permanece neutral en la lucha de los partidos, estos concluyen por entenderse y decidir calmamente las cuestiones políticas, pero si el soldado interpone en ellas su mano de hierro, deja donde quiera la funesta huella de destrucción, sin dirimir por eso las disputas que piden deliberación y calma para un acierto. que las vías de hecho alejan mas y mas de la sociedad. Responda de esta verdad la triste México que despues de cuarenta y ocho años de guerra civil, no solo no se halla constituida, sino que se dificulta de mas en mas el acierto en esta base primordial de toda sociedad civilizada.

Permanezca el ejército fiel al supremo gobierno, deseche las tentaciones que le presenten los revoltosos é innovadores, y estará así cierto de que la

abundancia y el orden llegarán á sus filas regeneradas é invencibles por el saludable influjo de la ley y del honor.

La cuarta causa que he indicado como funesta á la moralidad militar es el desden de sus leyes. ¿Pero cómo podriamos pensar que fuese posible el acatarse esas leyes severas en medio de la guerra civil que es el mal que ellas procuran evitar con mas eficacia? Reflexionemos que las revueltas cesarian luego que el ejército fuese fiel á sus leyes, y que estas le salvarian de la borrasca de las pasiones que siempre decidiria el ejército por el lado del orden, con solo su calma é imparcialidad en las cuestiones políticas.

Por último: el sistema de levás no puede menos de dar funestos resultados. Traidos los hombres por la violencia á las filas, muy frecuentemente tienen que abandonar sus industrias y familias, sufriendo en su nueva situación tormentos mayores que la muerte. Este descontento los hace inútiles para el servicio, y si con facilidad se for-

man así regimientos, con la misma se multiplican los desertores, y de los desertores los bandidos, á quienes la práctica de las armas, solo los hace aptos para el crimen.

Los sorteos están aprobados por la práctica en los países donde no se reemplaza el ejército por medio de voluntarios, pero la triste experiencia nos ha mostrado que en el nuestro los sorteos equitativos son casi imposibles, y que sus resultados son muchísimo mas laboriosos pero no menos perniciosos que las levas.

Para reemplazar el ejército he discurrido un método diverso y que me parece será de los mas seguros resultados. Este sistema que consiste en no llevar á las filas sino hombres aptos, experimentados en el trabajo y acostumbrados al orden y la obediencia, lo espondré cuando hable de las mejoras materiales.

He dado esta rápida ojeada sobre las necesidades del ejército, y creo que reformado éste bajo las bases que

he indicado, volveria á obtener su antiguo brillo y esplendor; la juventud mas florida y educada tornaria á aspirar á esta honrada profesion, como la mas atractiva y brillante. El uniforme seria de nuevo el título mas seguro de respeto y de aprecio, y la carrera de las armas aquella que condujera mas directamente á la gloria social.

Para rehacer la moralidad en los resortes civiles y de hacienda, hay incomparablemente mas facilidad. Puede ser que hubiese necesidad de cerrar algunos puertos donde el contrabando se verifica sistemadamente: puede que fuese asimismo necesario el hacer algun ejemplar con empleados infieles; pero todo esto no necesita sino de voluntad en el supremo gobierno, y su firmeza daria un resultado infalible. Las armas del contrabandista son la corrupcion y el cohecho, pero cuando encuentra resistencia decidida desde el guarda mas inferior hasta los mas altos empleados locales, se resigna á hacer el comercio de buena fé, y pronto los resultados de lucro le advierten cuanto

mas fácil y provechoso es el comerciar honradamente. Cuando el contrabando se verifica, el nivel del comercio no existe, todos desean dar mas barato por un espíritu exagerado de competencia, y reconociéndose desde luego las causas de la baratura del contrabando, todos apelan á los mismos medios íntuos. El resultado es que la competencia halla el arbitrio de equilibrarse aunque sea con ruina del erario, y el lucro del contrabandista llega á ser el mismo que tendria si el comercio se equilibrase de buena fé, pues la diferencia solo consiste en que el contrabandista tiene que abochornarse de sus ganancias, y soportar las contribuciones extraordinarias que por fuerza tienen que establecer los gobiernos para cubrir el déficit que deja en el erario la existencia del contrabando.

En verdad que ese comercio reprobado, que corrompe vilmente á los empleados de hacienda, que pone en juego manejos tan infames para realizar especulaciones criminales, y que muchas veces promueve revoluciones

insensatas para trastornar el **orden** y lograr un lucro mezquino; ese comercio, repito, que no se pára en medios por inícuos que sean para arruinar á los comerciantes de buena fé y hacerles una competencia victoriosa, es una tremenda plaga, y que semejante á un miasma pútrido mata la vida de los pueblos y corrompe hasta el hogar privado de las familias.

Sin hacer una guerra decidida al contrabando, inútil es que pensemos tener erario, ni **orden**, ni libertad, ni patria. El contrabandista no perdona medios, y si es preciso para sus miras de utilidad de mil pesos, el soplar el fuego de una revolucion que cueste á la nacion millones, lo hará y se mofará de las ruinas que cause su avidez.

Sin embargo, es notable con cuanta estupidez se portan en el fondo los contrabandistas. Ellos debian reconocer que sus utilidades son efímeras; que una nacion empobrecida consume menos; que ella necesita gravarlos con nuevas contribuciones; que el des**orden** paraliza todo comercio, y en fin,

que las ventas forzadas por los contratos mercantiles reducen los precios bajo del lucro del contrabando y hacen ilusorias sus esperanzas y positivos solo sus crímenes. En verdad, que al ver quejarse á algunos comerciantes sospechosos de la pésima situacion de sus negociaciones en nuestras tristes revueltas, casi se siente uno inclinado á alegrarse de que sean víctimas de sus propios manejos, y cuando quiebran y caen en el fondo del descrédito, no miramos sino la justa expiacion de su criminal conducta mercantil.

El comercio de buena fé es el solo que da estabilidad á las negociaciones; los comerciantes no se lanzan á esas especulaciones exageradas que los compromenten y frecuentemente arruinan. Los precios de los efectos tomando un nivel moral, hacen que el consumidor reporte como debe los costos de fábrica, las comisiones, conducciones y derechos, y finalmente, un lucro moderado del menudeador. Así es como se modelan los pedidos por los consumos, así se sabe cuál es la competencia pru-

dente que debe ejercerse para no arruinarse, y así se tiene un lucro moderado, pero constante y honroso, y que á la larga da infaliblemente resultados mejores que el contrabando sistemado.

Pero predicar á la generalidad de los comerciantes la legalidad en sus especulaciones, es predicar en desierto. Todos los mas querrian ser los únicos contrabandista, y que el comercio entero fuese de buena fé. Es tan grato el lucrar que ofusca la vista, endurece el corazon y corrompe el alma. La nacion donde el contrabando se llega á generalizar, tiene uno de aquellos cánceres mas dificiles de extirparse, y que renacen dejando viva la mas ligera raiz. ¡Y sin embargo, este cáncer gangrenoso es indispensable extirparlo, cueste lo que costare al cuerpo social, porque de lo contrario lo enferma, enflaquece, emponzoña y destruye su vida! Pero la enfermedad social del contrabando, ademas de lo bochornosa, tiene otra analogía con el venéreo, y es que jamas se cura por sí sola. Es indispen-

sable que la prescripcion del médico, las mas veces reunida al bísturi del cirujano la extirpen.

En los países profundamente conmovidos, el contrabando comunmente se origina por lo exagerado de los aranceles y lo erróneo de los cálculos financieros. Es un axioma en economia política, que un arancel inmoderadamente alto produce resultados inversos á los acreces que procura el legislador. Pero cuando el contrabando llega á sistemarse, cuando la corrupcion ha cundido á un gran número de los comerciantes y empleados, el contrabandista procura eludir los derechos por pequeños y moderados que sean. Este es un vicio como cualquier otro, y que el último arancel ha puesto en evidencia. Pequeños son los derechos impuestos á los tejidos ordinarios de algodón, y sin embargo nuestra pobre industria de mantas ha temblado bajo el peso de las introducciones fraudulentas. Verdaderamente bajo fué el arancel de Comonfort, y no obstante, el contrabando se

ha hecho, como los resultados lo demuestran.

Así es que este mal en México es de una gravedad tal, que perjudica y amenaza constantemente el corazón mismo de la vida social, y el gobierno que quiera purgar nuestro suelo de esta terrible plaga debe, como un hércules, vencer y sofocar esta hidra de cien cabezas, que sin el golpe mortal, dado por una mano heroica, renacen por sí mismas con nueva y acrecentada ponzoña.

Con respecto á los empleados civiles y demas resortes administrativos, bastará para activarlos el que sean pagados con puntualidad ó al menos con equidad: sorprende ver la abnegacion y paciencia de estos servidores de la nacion. Sus sufrimientos y penurias sobrepasan cuanto podia uno esperar de la accion gubernativa, pues jamas se habia visto un abandono mas completo, el que ha llegado á término de vender los empleados sus sueldos caidos por el 5 por ciento de pago. En semejantes circunstancias, cualquier ser-

vicio que presten es heróico, y manifiesta que en mejores circunstancias prestarían servicios mucho mas eficaces y activos.

He dicho que el quinto medio necesario para regenerar una nacion abatida es promoverse las mejoras materiales, y en este particular México presenta un vastísimo campo de accion, por el doble principio de ser un país nuevo donde todo está por hacer, y porque los elementos gigantescos de su localidad y riqueza territorial brindan por todas partes á negociacion y obras colosales. En este particular todos piensan acordes conmigo, pero no en cuanto á la oportunidad de verificarse esas mejoras. En general se cree que para inaugurarlas es preciso esperar la paz, la confianza y la seguridad, sin reflexionar que esas mismas preciosas circunstancias políticas y sociales se alejan de nosotros, tanto mas cuanto que carecemos de aquel estado ó situacion material que contentaria los ánimos y que ocuparia las energias y los capitales.

Nos quejamos de la ociosidad de los brazos, y no damos ocupacion á los pocos que tenemos: nos lamentamos de nuestra miseria y desperdiciamos los prodigiosos elementos de riqueza que por todas partes nos brindan: nos afligimos por el mal estado de los caminos que impide la exportacion de los efectos de nuestra agricultura, y no activamos no solo las vías ferreas, mas ni aun siquiera buenas carreteras: nos da pena el no tener rios navegables, y no canalizamos los que fácilmente podrían servir para la navegacion: nos lamentamos de la falta de colonizacion, y no preparamos trabajo seguro y medios de vivir á los emigrantes. Deploramos el estado de atraso de la agricultura, y no disponemos consumos ni aun á los frutos que hoy se cultivan. Nos espantamos de la inseguridad de los caminos, y no procuramos aquellos medios materiales que los harian cómodos y seguros; y por último, nos afligimos profundamente por las depredaciones de los bárbaros, y les abandonamos los pueblos y los campos in-

defensos, como si tuviesemos que obsequiarlos cual á huéspedes pacíficos. No: tal estado de apatía es necesario que cese. Es indispensable que esta nacion, que esta raza, que este puñado de pobladores que habitan este rico y estenso territorio, se muestren dignos de su magnífica herencia y la conserven con honor. Esta es una necesidad imprescriptible y uno de aquellos deberes que solo dejan de cumplirse por la muerte. Venga ésta si tal es nuestro destino, venga con gloria; pero mientras alentemos la vida hagamos esos esfuerzos supremos que suelen salvar las naciones y hacerlas inmortales.

Para alentar los espíritus con ejemplos recientes, observemos lo que ha pasado en Francia en los últimos años.

Luis Napoleon no debe su conservacion á la division entre las dos ramas de los Borbones; no al temor propagado de las utópias modernas; no á la cooperacion de las testas coronadas; no al cansancio de las revoluciones; no al espíritu conservador de la filosofía eclectica. No:

á ninguna de estas causas que solo han influido secundariamente, aunque su conjunto sea importante. Luis Napoleon debe su conservacion á su propio génio, que en vez de ser regido por las circunstancias y de aprovecharlas, parece lo contrario: que él ha sabido disponerlas y regirlas, y que no ha sido el ídolo mimado por la ciega fortuna, sino el Alcides que ha podido clavar la rueda caprichosa de ésta.

Napoleon III ha comprendido perfectamente el génio de su nacion, y la ha dado importancia política, agrícola, industrial y comercial, la ha hecho saborear las ventajas positivas de la moderacion y la prudencia, y ha logrado que cortejen el trono galo las coronas latinas, slavas y sajonas.

Pero, ¿cómo abatir al que se ha mostrado tan moderado y prudente en el triunfo y la prosperidad cual activo y vigoroso en los días del peligro? ¿Cómo desconceptuar al que ha cruzado de ferro-carriles la Francia, al que ha concluido el Louvre y el bosque de Boulogne, al que ha abierto tantas nue-

vas vías boulevares y monumentos en Paris, al que ha embellecido esa suntuosa capital que ha venido á ser á la vez la Roma y la Aténas del siglo diez y nueve? ¿Cómo arrancarlo del cariño de un pueblo que le debe tranquilidad, abundancia, trabajos gigantescos y gloria?

Pasó ya el tiempo de las ciegas influencias del sable y del cetro. Pasó el de las ilusiones utópicas. Pasó el de la entusiasta pasión por las palabras elocuentes. Los hechos son ya naturalmente buscados por los pueblos que la razón comienza á iluminar, y que empiezan á dejar los juegos y peligros de la infancia. Luis Napoleon ha afirmado su trono en las mejoras materiales, y cuando su vida ha corrido un inmenso peligro, el pueblo ha creído que ha salvado la Providencia eterna al que ha sido una providencia viviente para la Francia.

He dado esta rápida ojeada sobre los últimos acontecimientos de aquella nación, para mostrar á mi país natal el influjo poderoso de las mejoras

materiales en el siglo diez y nueve, y que á virtud de ellas se puede contar con la simpatía de los pueblos. Aprovecho, sí, con gusto, la leccion práctica que nos dan los hechos en una gran nacion, mas antigua, pero no menos conmovida que la nuestra, en los últimos setenta años de sus cambios y revoluciones.

¿Será preciso ahora examinar lo que en México hemos dejado de hacer de bien, y lo que hemos verificado de mal despues de nuestra independencia? No: eso seria muy dilatado, y mas pareceria que yo trataba de acriminar á la nacion y de abatir sus energias que de animarla y escitar sus esfuerzos. México consumió su independencia en medio de la crisis de la humanidad, cuando no tenia este país los elementos necesarios para resistir el torbellino de las intrigas y pasiones. El resultado debió esperarse tal cual es, y los sangrientos esfuerzos de nuestras convulsiones políticas, no han sido otra cosa que los ensayos infructuosos de las teorías y las formas. Hoy nos encontra-

mos despertando de un sueño febril, y es necesario aprovechar los momentos de claridad para salvarnos del precipicio en cuyo borde estamos, y entre tantos motivos de mal como nos rodean, tenemos sin embargo un elemento grandioso de bien, y que poderoso en sí mismo es capaz por sí solo de convertir en felicidad todos los males y errores pasados. Tal es el elemento precioso, aunque caramamente adquirido, de la experiencia. Consúltese esta con imparcialidad, buena intencion y firmeza y ella nos manifestará lo que debemos hacer para salvarnos.

Las mejoras materiales pueden dividirse en nuestro país en aquellas que son practicables y en las que solo son posibles: no hablaré de estas segundas porque ellas son infinitas, y así solo me ocuparé de las primeras.

Para hacer practicables las mejoras en todos los manantiales de la prosperidad pública, es necesario el signo representativo del trabajo del hombre, es decir, el dinero en metálico ó cualquiera otra especie que lo represente. Entre las

tribus bárbaras, el trabajo se representa por sí mismo: una medida de granos cambiada por una piel de búfalo ó de carnero, representan el trabajo del agricultor, del cazador y del pastor; pero estos cambios son practicables cuando las necesidades de los hombres son pocas, así como los objetos que produce su trabajo; pero cuando ambas cosas llegan á complicarse mucho por resultado de la civilizacion, el cambio material viene á ser estorbofísimo, y llega la vez de ser verdaderamente impracticable, porque un hombre poseedor de un objeto precioso podria carecer de varios objetos ordinarios y comunes y por lo mismo imposibilitarse el cambio. He aquí por qué se ha inventado la moneda, la cual se puede permutar por todos los objetos que representan el trabajo. Pero la moneda, ella misma llega á ser demasiado bromosa, peligrosa su aglomeracion, y á veces difícil y dilatada su conduccion. Entonces basta que el hombre acredite que posee los resultados de un trabajo útil y permutable por dinero, para obtener en

cambio lo que necesita, y he aquí el principio de las libranzas, de las notas de banco, de las cartas de crédito y de todos aquellos medios que las necesidades de la civilización han producido para facilitar los cambios del trabajo del hombre, que es la verdadera y única fuente de riqueza.

He puesto por preliminar estas sencillas nociones, aunque están al alcance de todos, porque ellas son las bases de la economía política, y sobre las cuales debe descansar todo el edificio social, para ser sólido y estable.

Como los principios fundamentales no pueden atacarse sin que las consecuencias sean funestas, en el acto que el poder quiere hacer valer un signo cualquiera que no represente legítimamente el trabajo, ese signo cae en descrédito y se reduce por sí mismo al nivel que legítimamente le corresponde. Tal ha sucedido con el papel moneda en todos los países en que la autoridad ha querido hacerlo valer como signo representativo del trabajo; pero como

esto no es cierto, como el papel no ha costado el trabajo del minero, y no tiene el valor intrínseco del metal, no se estima como la moneda, y es evidente que cuando no represente un trabajo lucrativo no valdrá nada, ó valdrá muy poco si la coercion del poder le presta un apoyo forzado. Entonces el papel representará la cantidad de la fuerza que lo sostiene; pero como el hombre estima la independendencia y la libertad del resultado de su trabajo, se rehusará á permutar este, lo pondrá fuera de la accion de la fuerza, y esta debilitada y vencida por la resistencia ó por la inercia abandonará su obra, y el papel decaerá rápidamente hasta nivelarse en sus legítimos elementos.

Esto ha sucedido en todos los paises, y en todos los gobiernos que han apelado al papel moneda, sin escepcion de populares ni despóticos, no pudiendo rehabilitar semejante papel, título ninguno con que quiera disimularse. El papel del primer banco de los Estados-Unidos, en apoyo del gobierno, á pesar de su popularidad y del entusiasmo de

la nacion, bajó de su valor nominal, á términos de costar hasta doscientos pesos un par de botas; y el papel del dictador Rosas en Buenos-Aires, (sin embargo de la fuerza despótica con que aquel tirano quiso apoyarlo) no valia en el mercado sino el diez ó doce p^o, con relacion al oro. Entre nosotros, el papel de Iturbide cayó en un mayor descrédito, y bien pronto fué nulo para el comercio.

Por lo espuesto se verá que no puede obrarse contra los principios impunemente, y que el trabajo del hombre es de un poder superior á toda fuerza ficticia. Así es que estoy muy lejos de proponer ningun papel nominal, como signo representativo del numerario, porque esto seria un nuevo elemento de mal agregado á los muchos que ya nos agobian.

Pero no es lo mismo cuando el signo representativo lo es del trabajo del hombre; entonces vale intrínsecamente lo que valdria el resultado directo de dicho trabajo. De esta manera, cuando una negociacion es bien pensada, útil,

económica y estable, desde el momento en que da en ella el primer barretazo el albañil ó el primer hachazo el leñador, ella vale ya esos golpes del trabajo humano, y pueden permutarse por medio de cualquier signo que los represente. Entonces lo que debe procurarse sobre todo es: 1.º que el signo que representa el trabajo sea permutable, por cualquiera de las comodidades que necesite su poseedor: 2.º que sea de fácil conduccion; y 3.º que no pueda falsificarse.

En los países donde las negociaciones son sumamente multiplicadas, se permuta el signo que las representa en acciones de un valor determinado. Estas acciones no solo son la representación del trabajo ya ejecutado, sino muchas veces el que está por ejecutarse. Así es que cuando alguno concibe una grande idea de utilidad indisputable, ó inventa un nuevo y útil mecanismo, si no tiene capital con que llevarlas al cabo por sí mismo, solicita de la autoridad la licencia y privilegio á que le dan derecho la invencion, y con estas

dos sanciones del poder público, procura el capital que le facilitan los especuladores privados, bien en una compañía libre, en la cual los sócios necesitan hipotecar todos sus bienes, bien en compañía en comandita, en la que solo se comprometen con cantidad determinada; y últimamente, por medio de una sociedad anónima, con permiso especial del gobierno, para la cual no expone cada accionista sino el precio de la accion cuando la compra, dejando de serlo cuando la vende, y por consecuencia solo son accionistas los tenedores de acciones. En el caso de una compañía libre, el especulador tiene la garantía de lo que vale el trabajo de por sí; mas, lo que valen los bienes de los sócios. En el de comandita tiene el valor del trabajo; mas, las cantidades hipotecadas por los sócios. Por último, en una sociedad anónima, las acciones representan solo lo que vale el trabajo, y por lo tanto los gobiernos no permiten esta clase de sociedades, sino cuando la negociacion es de una utilidad y valor fuera de toda duda, y que

por lo tanto evita las especulaciones dolosas, y asegura á los especuladores de buena fé, en cuanto es dable á los negocios sujetos á ganancias ó pérdidas.

Las acciones así establecidas de cualquiera de los tres modos anteriores, (con las variedades que en cada país presenta la legislación) pueden permutarse, y como el número de negociaciones suele ser grandísimo, se han construido los grandes edificios públicos, llamados bolsas ó lonjas, donde se reúnen los comerciantes y los corredores para comprar, vender, permutar ó negociar de cualquier manera posible las acciones.

Así es como se consigue aumentar el signo de la riqueza cuando legítimamente la representa. La fácil conducción de ese signo representativo del trabajo, se consigue fabricándolo con papel, cuyas cualidades de economía y portabilidad todo el mundo conoce.

Por último, para hacer este papel infalseable, se emplean generalmente: 1.º los grabados mas delicados, con

algunos trazos debidos á circunstancias ó casualidades irreproducibles: 2º el papel que por su calidad, resistencia, firmeza y marcas de luz se haga de muy difícil, si no de imposible imitacion: 3º por la calidad y composicion química de la tinta ó tintas que se usan, ya para los fondos y ya para los diseños del papel.

En nuestro país, como el comercio de acciones es muy reducido, ellas se permutan indistintamente y la lonja solo es un edificio privado. Generalmente hablando, el comercio del crédito no existe aquí, y todas las transacciones se verifican en numerario de plata ú oro. Pero esta circunstancia retrogada, que en todos los países civilizados los dejaria reducidos á una muy corta fraccion de los negocios existentes, es aun mas perniciosa en México donde las permutas que se hacen con el extranjero solo son por medio del oro ó plata de nuestra industria minera, sin poder impedir que aquellos metales preciosos salgan del territorio de la República bajo la absoluta libertad y

facultad de los poseedores. Pero como á la vez esos mismos metales son la sola representación del trabajo, sobrevienen escaseces espantosas de numerario que traen crisis tan frecuentes como las salidas de las conductas, las que sorda, pero inevitablemente, van minando la riqueza pública, y bajo cuya funesta influencia no hay casa suficientemente segura en su porvenir.

En Europa, y en general donde quiera que se trata del comercio de México, se sienta la doctrina siguiente: ¿Qué importa que los mexicanos exporten su oro y plata? ¿No son estos metales el producto único exportable de su suelo é industria, y no reciben en cambio todos los objetos de necesidad y de lujo que solicitan del extranjero?

Yo convendría en gran parte de estas conclusiones, si dentro del país se comerciase con cualquiera otra cosa que representase la riqueza y el trabajo. Entonces, si exportásemos todo el oro y plata de nuestras minas, careceríamos de esos metales, como objetos de lujo; pero cuando ellos constitu-

yen la sola materia permutable por todas las comodidades necesarias de la sociedad, no solo su carencia, sino simplemente su escasez, paraliza las transacciones y reduce á una inaccion fatal todos los negocios, que de momento se ven hundirse en la nulidad y en la miseria á pesar de la baratura de los azogues, que ha casi doblado la produccion de nuestras minas en los últimos seis años.

Para cerciorarnos de los funestos estragos de la escasez de numerario, tenemos aun la memoria de un hecho doloroso. La moneda de cobre, por los años de 35 y 36, fecundaba el círculo de los campos y poblaciones subalternas de la República, y en toda ella habia abundancia y seguridad relativas, y las transacciones por objetos de necesidad se verificaban, aunque estorbosamente, con una facilidad y prosperidad crecientes, aun en medio de nuestras desastrosas revoluciones. El bajo precio del cobre bruto facilitó la falsificacion, y esto hizo desmerecer la moneda un 25 por ciento en el comer-

cio de objetos extranjeros, aunque dejó vivo el de efectos del país, los que no tenían otro medio de permutarse. Para evitar aquel mal, el gobierno redujo á su mitad el valor de dicha moneda, y para colmo de desgracia se fijó para ello el plazo de dos meses. Todos los que tuvieron noticias del proyecto, y despues del plazo, procuraron deshacerse de dicha moneda como de una ascua ardiente; y los pobres, los habitantes de los campos, se encontraron de repente ser las víctimas de aquella determinacion. Yo mismo he visto los ricos sin conciencia recorrer los poblados con mulas cargadas de moneda de cobre, comprando á los infelices indios cuanto estos poseian. ¡Compréndase cuánto seria el dolor y descontento de aquellos desgraciados al encontrarse reducido su capital á la mitad!

La medida de la reduccion de la moneda de cobre fué innecesaria, porque el comercio mismo la habria nivelado; fué injusta, porque no indemnizó inmediatamente á sus poseedores;

fué exagerada, porque escepto muy raras escepciones, nunca habia exedido la pérdida de la moneda de un 25 por ciento, y la ley la hizo perder el 50; fué ominosa, porque pesó inmediatamente sobre el desgraciado; fué ineficaz, porque no extinguió la falsificacion. Por último, fué perniciosa, porque abatió de un modo terrible la agricultura y el comercio de efectos del país, y postró visiblemente la poca actividad que aquellos presentaban.

Yo estaba entonces dedicado á la agricultura en el Sur del departamento de Puebla, y me constan de vista los funestos efectos de aquella reduccion del numerario, y se puede asegurar, que sus consecuencias sociales fueron mas perniciosas que nuestras revoluciones civiles. Pero si aquella medida fué terrible y de resultados tan adversos, la extincion absoluta que se hizo mas tarde de la moneda de cobre, selló la calamidad y desplomó de un solo golpe todo el lúgubre aparato de ruina social, que hoy ejerce su accion

destructora sobre las poblaciones miserables, que sin los medios de marchar con los goces y las esperanzas de la civilizacion, se ven arrastradas por la miseria hácia la barbárie.

Me abstengo de analizar la medida de la extincion de la moneda de cobre, porque no parezca que ataco señaladas personas. Escribo solo segun los principios, y no me constituyo de ninguna manera juez de los hechos. Acaso el equívoco produce los errores, y por eso es indulgente la abstraccion filosófica.

Sin embargo, para que sea fauctífera la historia, es indispensable comparar los resultados de los hechos con los principios científicos, y por eso observaré que siendo la moneda ó cualquier otro medio representativo de la riqueza, la sola espresion del trabajo del hombre, ella constituye la sangre social y el vehículo de la civilizacion. Así es que cuando deja de representar exactamente la cantidad del trabajo humano, la sociedad misma la califica y reduce á los justos límites de su valor intrínseco. Pero la autoridad, así

como no puede por medio de la fuerza hacer que un objeto cualquiera reasuma la representacion del trabajo, tampoco debe arrebatar aquel signo de que convencionalmente se sirve este en sus permutas; pues en ambos casos, cuando desgraciadamente se verifican, sobreviene la postracion del trabajo, y esta deja un vacío terrible en la ocupacion honesta de los hombres, en la moral de sus costumbres, en su riqueza flotante, y en los medios legítimos de sostener y cubrir las obligaciones y necesidades en la civilizacion. En los paises poco productivos y muy poblados, sobrevienen el hambre, la peste y la muerte; y en los territorios feraces, como el nuestro, aparecen el abandono de los goces, el vandalismo, la barbarie y la miseria.

Nosotros no podemos desconocer estos efectos ruinosos cuando caminamos por los pueblos distantes de las grandes capitales. Despues de la extincion de la moneda de cobre, la miseria se ha desplomado de tal modo sobre ellos, que apenas pueden verificar un comer-

cio sumamente reducido con el numerario escasísimo que circula, y hay rancherías en que no ven la cara de un medio real de plata en todo el año, los mismos rancheros que viven de los productos liberales de una tierra prodigiosa, pero que subsisten desnudos, disgustados y en medio de una vida semi-salvaje.

Esta miseria, este malestar, lo sienten esos tristes habitantes, recordando tiempos mas venturosos; y atribuyéndolo en su ignorancia, á causas personales ó políticas, se lanzan á las revueltas mas desenfrenadas y á un vandalismo devastador. Dígalo el Sur, que despues de la extincion de la moneda que vivificaba su comercio, y despues de la ruina artificial de sus productos algodoneros, se halla sepultado en una miseria de la cual no se puede formar una idea justa sino mirándola, y á pesar de la abyeccion y de la timidez natural, aunque fanfarrona, de esos desgraciados, se enfurecen al aspecto de su propia degradacion y miseria, y se desbordan sobre las poblaciones enteras

que han sucumbido como Chilapa, Tistla, Tlapa, Huamustitlan, Chautla, Chietla, Chilpancingo, Tepecuacuilco, y hoy amenazan ya á Cuernavaca, Cuatla é Izucar.

¡El corazon se comprime á la vista de tanta destruccion del pasado y tan tremenda amenaza del futuro! ¿Y qué remedio proponen muchos hombres que pretenden pensar correctamente? ¿La destruccion ó el abandono del Sur, una línea de division que sujete sus pobladores en esas ardientes costas como en una madriguera de fieras? ¡Qué delirio! Las fieras hambrientas no respetan los vallados, y su encono escitado con el malestar se vuelve destructor en la destruccion propia.

Yo creo que para remediar nuestra situacion no necesitamos de agravar, sino de curar los males del pueblo. Ríndase ese desgraciado Sur dichoso y próspero, procúrese curar hasta el mal físico de las pintas, que los rinde tan abyectos y deformes (*), predíqueseles

(*) La horrorosa enfermedad del pinto es probablemente un parásito, que ataca el moco colorante ó pig-

dulcemente el Evangelio con doctas misiones, y esos hoy tan desgraciados habitantes bendecirían la mano generosa que les tendiese una señal caritativa y cordial, y servirían lealmente al gobierno que los rindiese dichosos.

Reasumiendo de nuevo la hilación de las mejoras materiales, diré: que

mento que existe entre la epidermis y la dermis del cuerpo, y cuyo contagio se verifica mas particularmente por inoculación. Está observado por los mismos indígenas, que al bañarse en los rios, si les pican los moscos que han picado algun pinto, esta enfermedad les ataca y aparece primero en las picaduras, habiendo servido los insectos como instrumentos de inoculación. Lo mismo sucede cuando alguno se hiere ó simplemente se raspa con los útiles de trabajo que maneja algun pinto, y yo he visto á uno de mis peones de campo contagiarse, porque estando cosechando maiz se raspó en el pecho con una caña de milpa que habia quebrado un pinto, que pizcaba delante de él y que probablemente se raspó con ella la mano. El mozo me manifestó su aprehensión; y en efecto, en pocos dias se le presentó una pinta en el pecho, en el mismo lugar del raspon, donde se detuvo el mal por haberse curado prontamente el enfermo.

La enfermedad del pinto es sumamente mortificante por el escorzor y ardores que produce, pero sobre todo por la horrenda deformidad que da al aspecto de los que la sufren, y cuyas pintas varían al infinito, ya en las formas y ya en los colores, pues las hay blancas, negras, amarillas, azules y verdosas, y á veces se mezclan todas en un solo individuo que presenta así el mas espantoso mosaico.

Los pintos se avergüenzan casi siempre de su mal y de la fealdad que les imprime. Muchos hacen los ma-

demostrada la importancia absoluta del numerario, en cantidad bastante para representar el trabajo del hombre: demostrado que la miseria fomenta la ociosidad, el vicio y el crimen, que no se puede crear un numerario ficticio sin agravar los males, que la exportacion inevitable é ilimitada de nuestros

yores esfuerzos por curarse, lo que logran, no sin sacrificio; pero lo estenso de este mal en toda la costa del Pacífico hace que vuelvan á adquirirlo, por la extrema facilidad del contagio, y así se abaten en medio de la indolencia, pero sin conformarse jamas con su deformidad.

El método curativo que generalmente usan con mas éxito, es embarrarse la piel enferma con unguento de promorbo, es decir, de doble mercurio, y así untadas las pintas exponerlas prolongadamente al sol. Esta operacion repetida de tres á ocho dias, segun la intensidad y extension del mal, los cura casi constantemente.

Hace mucho tiempo que he pensado que varias medidas protectoras del Sur, pero principalmente la predicacion y caridad evangélicas, en esos desgraciados costeños, producirian los mas saludables efectos. Envíense á ellos misioneros verdaderamente pios y caritativos, y que al mismo tiempo ministren á esos habitantes desventurados los medios de curar sus enfermedades endémicas y morales; tiéndales la civilizacion y la religion una mano compasiva y amiga, y ellos retrocederan del precipicio de la barbarie y de la perdicion, con provecho de toda la sociedad, que no poseyendo afortunadamente esclavos, necesita de las razas aclimatadas para vivificar la agricultura costeña y en principal la de algodón.

metales preciosos. nos reproduce crisis frecuentes y terribles que sumen el país de mas en mas en la miseria; y por último, demostrado que solo el trabajo del hombre constituye la verdadera riqueza y da valor á sus signos representativos, nos quedan por investigar los medios que atiendan á todas estas indicaciones con igual beneficio.

Para ello tendámos la vista hácia los elementos con que contamos, y puede ser que aun cambiemos los males presentes en elementos de bienes futuros. Así pues, repito, dondeemos la llaga con mano firme y no témamos el que nos arredre su profundidad para emprender la curacion.

Tenemos un pueblo ocioso, enfurecido por su propia abyeccion y miseria, y acostumbrado al vandalismo á prueba de muerte: tenemos caminos intrasitables y lagos estancados y faltos de canales: tenemos rios pendientes que con furiosa violencia lanzan en torrentes sus aguas improductivas hácia á los mares: tenemos efectos de agricultura superiores á los consumos

del país, los que la dificultad de conduccion hace inaprovechables en el extranjero: carecemos de poblacion, y por último, no tenemos dinero con que remediar estas calamidades. . . . ¡Pero, cosa sorprendente! Vemos que la relacion sencilla de los males es la receta ó fórmula del remedio, traducida del modo siguiente.

Arranquemos esos brazos del ocio y del vicio: ellos harán los ferro-carriles: ellos canalizarán los rios y lagos: ellos regarán y fertilizarán los campos, y su trabajo será productivo y dará valor y fuerza al crédito, y aumentará el numerario, y los emigrantes vendrán por sí solos con el atractivo del trabajo y el de la seguridad personal, social é industrial.

Esta version es exacta: ella convence por sí misma como los axiomas metafísicos; y si queda alguna duda es solo acerca de la manera de rendirla practicable, y que no se nulifiquen sus resultados por la malicia humana y los intereses privados.

Para proveer á todas las indicaciones

es necesario: 1º elegir bien los negocios lucrativos que deban emprenderse para dar ocupacion á los brazos: 2º expedir una ley sobre vagos y traer los hombres útiles y sin quehacer á los trabajos de dichas negociaciones: 3º otra ley que reglamente los trabajos con un órden estricto de economia y de moralidad, que pueda preparar los trabajadores para los reemplazos del ejército cuando fuere necesario: 4º otra ley criando presidios ambulantes que deban ocuparse en los mismos trabajos: 5º la creacion de acciones proveedoras de material, raciones, alimentos y herramientas: 6º la creacion de papel representando los trabajos ya ejecutados: 7º la designacion de los lugares de cambio de ese mismo papel para convertirlo en moneda al momento deseado: 8º la creacion de acciones en numerario para obtener del extranjero lo que sea necesario.

Sobre todos estos puntos daré proyectos y reglamentos, si el supremo gobierno lo quisiere, con el objeto de que él los corrija debidamente, dándo-

seles la unidad y coherencia que deben tener entre sí, y una vez perfeccionados compongan el cuerpo de leyes que debe preceder y verificar dichas mejoras.

Sin embargo, no puedo ahora menos de hacer algunas reflexiones sobre varios puntos importantes.

Las obras que por su eminente importancia están reclamando una preferencia decidida, son: 1º el camino de fierro de Veracruz a México, y de México á aquel punto del rio de Lerma en que la canalizaciou de este sea practicable, atravezando el lago de Chapala y llegando hasta San Blas: 2º la canalizacion del Atoyac, desde el balle del Balsequillo ó el de Atlixco hasta las inmediaciones de Acapulco en la embocadura del Papagallo: 3º un ramal del camino de fierro de Puebla á Balsequillo ó Atlixco, que reuna así por medio de una via mixta los dos mares: 4º un camino de tierra para caballos de remolque de botes en el lago de Chalco á México y otro de México á Texcoco:

5º una carretera de Chalco á Ameca, y de Ameca á Puebla.

La importancia de absoluta preferencia del camino de fierro de Veracruz á México nadie la pone en duda, y los esfuerzos que se han hecho hace tantos años, manifiestan cuán bien comprende la nacion esta necesidad. Hoy mismo hay una empresa con privilegio esclusivo, y un contrato especial para llevarse al cabo aquella gigantesca negociacion; pero á pesar de la liberalidad del gobierno en aquel contrato y del caudal, tino y actividad del contratista, (el Sr. Escandon) esta obra es de una magnitud tal, que debe sobreponerse á los recursos de pocos individuos porricos que sean, y solamente son practicables por compañías de una grande extension y capital, ó por medidas extraordinarias dictadas y sostenidas por los gobiernos. En cuanto al primer medio, seria necesario levantar esas compañías en Europa; pero México está tan desacreditado en el extranjero, donde se cree imposible el retorno del orden y la paz en este des-

graciado suelo, que no puede proponerse allí con éxito ninguno de esos planes que piden capital y tiempo. Puede ser que el crédito del Sr. Escandon venza, en parte, esa repugnancia para las empresas, de este país; pero por las resistencias é inercia que debe encontrar es probable que cuando mucho pueda concluir la parte del camino que se ha obligado á construir en seis años, es decir, hasta Orizava. Creo que el Sr. Escandon hallaria útil á sus intereses y á los de la nacion el adherirse á mi plan en conociéndolo.

La construccion de un ferro-carril para ascender las cumbres de Culzingo, es un trabajo capaz de infundir temor al espíritu mas atrevido, y á los capitales mas fuertes: no es la posibilidad mecánica de ejecutarlo, lo que se niega. Es evidente que con el sistema de contrapesos y máquinas estacionarias se puede ascender cualquiera eminencia; pero las irregularidades de la línea de ascenso en aquellas cumbres, el zigzag que describen cruzado de profundos barrancos es tal, que se ne-

cesitaria multiplicar las estaciones á costa de un gasto formidable. Acaso lo mas conveniente seria una via mixta, es decir, férrea de Veracruz á Orizava; carretera de Orizava á la cima de las cumbres, y de ella á México asimismo férrea.

Yo creo que bajo el plan de trabajos bonificados, que expondré, el camino así arreglado obtendria una verificacion próxima, y productiva para la nacion y para los actuales empresarios.

El camino de fierro de México á Acapulco, parece, por el contrario, una obra fabulosa, al menos en el estado actual de la mecánica de locomocion y el que guardan la escasa poblacion y los recursos del país. Hablar hoy detalladamente de semejante ferro-carril seria perder el tiempo.

Para la union próximamente practicable de los dos mares, creo debe conducirse el ferro-carril de Veracruz á Puebla, y de esa ciudad al valle de Atlixco á al de Balsequillo, donde se comience á canalizar el rio Atoyac. En el tiempo de lluvias este rio es navega-

ble, y ya el difunto D. Juan Ardit descendió sobre sus aguas, en una exploracion que coronó el éxito hasta el mar del Sur. En el tiempo de secas dicho rio seria tambien navegable pasado San Juan del Rio, con solo limpiar y alegrar el lecho de sus aguas y sin duda podrá navegarse hasta bien cerca de Puebla si se canaliza en forma, porque el caudal del agua es mas que suficiente, y solo presenta como dificultades, (que la arquitectura hidráulica sabrà vencer,) el que las obras de dobles cedazos y esclusas que se necesitan establecer, (para salvarlas de la impetuosidad de las corrientes,) sean independientes del raudal de lluvias.

El camino de fierro de México hácia el interior, hasta su confluencia con el canal practicable de Lerma, es tambien una obra muy practicable, y completaria las líneas que reclaman en lo pronto los intereses, la civilizacion y las esperanzas de México. Del mismo modo un buen sistema de canalizacion por medio de caballos de remolque, en los lagos del valle de México, y la per-

facción de la línea carretera que ya existe de México á Puebla por entre los volcanes, acortaria el camino y lo facilitaria prodigiosamente para el transporte de las mercancías de Veracruz, y los productos de la tierra caliente del lado del Sur.

Imagínense por un momento realizadas esas vías de comunicación, y que á su virtud pudiesemos transportar con baratura nuestros frutos hácia los puertos, é importar con la misma los productos extranjeros, y principalmente el carbon de piedra, que favoreciese las fundiciones del magnífico fierro del país, y desde luego se percibirá la vida y enérgia que esas empresas conducirían á la nación, y como la felicidad y la esperanza la alejarían de las revueltas políticas y del vandalismo que hoy la emponzoñan y destruyen.

Pero en verdad que no solo la consecución, sino simplemente la seria apertura de esos trabajos, bajo el sistema que propongo, y que si es necesario detallaré, traerían calma, prosperidad, abundancia de numerario, y puede ase-

gurarse, ~~cambiarían~~ la faz de la República.

Los mismos preliminares para esas obras colosales, los estudios sobre el terreno, las obras preparatorias y de mas medios de accion y prevision, harian necesarias comisiones científicas y militares, y darian ocupacion honrosa á tantos oficiales, como el tedio, la inaccion y la penuria, hace sufran tan cruelmente en el depósito.

Si el gobierno, no estuviese dotado para esas obras gigantescas, sino de los medios comunes á los particulaaes, es indudable que careceria de brazos; pero pudiendo emplear en ellas: 1º cuadrillas de trabajadores voluntarios: 2º los vagos de la República; y 3º los presidios, se ve cuan grande número de obreros podria poner en accion; pero es necesario se comprenda que para manejar fácilmente estas grandes masas de hombres, se necesita de hacerlos felices por medio de acudir cumplidamente á todas sus necesidades, manteniéndolos en un orden estricto de disciplina, sin desatender por eso á sus

matrimonios y educacion social y religiosa; así se lograria purgar la nacion de la vagancia, se evitarian los crímenes y el vandalismo, se prepararia una generacion, sobria, vigorosa, dedicada al trabajo y suavemente acostumbrada á la obediencia, produciria, en un nuevo sistema, que estoy pronto á detallar, esos soldados valientes y honrados que reemplazarian y rejuvenecerian el ejército.

Comenzadas así esas obras eminentemente útiles, representarian una riqueza que podria desde luego ponerse en actividad por medio de acciones flotantes. Estas deberian ser impresiones infalseables y del menor precio posible, para que pudiesen suplir el numerario. Como ellas representarian un trabajo lucrativo, no desmerecerian de precio y servirian para el pago de los cantones de obreros que no se hiciese en raciones arranchadas, y para la compra de maderas y otros efectos necesarios del país. Y para que este papel no desmereciese, se deberia recibir con absoluta igualdad en todas las recauda-

ciones de rentas, en todas las percepciones del erario, en todas las obviaciones y rentas eclesiásticas, y por último, tendrían como lugares de cambio en toda la República los estanquillos de la renta de tabacos.

Para evitar el abuso en las emisiones de este papel se crearia un tribunal especial que cuidase de sus impresiones y distribucion, y que á un mismo tiempo tuviese el carácter de banco particular de los caminos de fierro y obras públicas; y el ministerio jurídico de esas transacciones, con absoluta independencia y con sujecion solo á los altos tribunales de la República. Ese tribunal conoceria: 1º de todas las cuestiones de legalidad de las obras: 2º de que no se emitiesen mas bonos ó acciones, sino la raya material de los trabajadores: 3º de que las acciones en frutos ó especie, fuesen por lo menos la mitad del valor gradual que los trabajos fuesen importando: 4º de que las impresiones fuesen infalseables, para lo cual yo manifestaria mi sistema de grabados calidascopeicos: 5º que los tra-

bajos fuesen ejecutados bajo todas las reglas científicas y con una estricta economía: 6.º que no se cometiesen abusos de ninguna clase: 7.º por último, tendría el derecho de castigar los culpables ú omisos en los trabajos.

La creacion de esta direccion ó tribunal pediria sin duda suma prudencia y prevision para todos sus detalles; pero estos se hallan fácilmente indicados por la misma naturaleza de sus funciones.

He espuesto tan rápidamente estas mejoras materiales, porque la misma latitud que necesitan en sus detalles haria muy extenso este opúsculo, en el cual solo he querido inaugurarlas. Si el supremo gobierno desease mayor extension, yo siempre estaré dispuesto á prestar mis débiles servicios. Por ahora debo conducir la atencion pública á otra de las fases de la situacion material y moral de nuestra civilizacion.

El estado de atraso que guarda nuestra industria con relacion á la europea, es uno de aquellos puntos que en un escrito como el presente no puede

dejarse desapercibido. La influencia vital que tiene en todos los ramos de la prosperidad pública, hace que la industria se considere por todos los economistas, como hermana inseparable de la agricultura, y aun los hombres mas grandes como Sully y Colbert han balanceado entre la preferencia dada á estas dos grandes ramas de la riqueza. Lo cierto es, que ninguna de las dos desfallece sin que inmediatamente dejen de sentirse en la otra sus funestos efectos. En México vemos el estado lamentable de ambas, y en consecuencia desplomarse sobre este triste país la mas espantosa miseria.

Se aflige el corazon al recordar cuál era nuestra industria en los últimos años tranquilos del gobierno español, cuál debió ser su progreso despues de la independendencia, y cuál es por desgracia la tremenda ruina que ha sepultado aquella industria, que aunque naciente y débil, daba que hacer á centenares de miles de brazos, y fecundaba las fuentes de la riqueza pública. ¡Díenos que esta ruina ha sido ocasionada

porque México, al consumir su emancipacion de la Península, se encontró frente á frente de las naciones mas civilizadas y con las cuales no comerciaba antes sino por medio de la España? En verdad que no, porque ya en los últimos años del gobierno Español se sentia esa funesta decadencia de la industria, que desde entonces acá no ha cesado de aumentarse hasta el lamentable extremo de que los pocos establecimientos industriales que poseemos, en su mayor parte dependen del extranjero, en los principales obreros, en la maquinaria, y aun en las materias primeras que aquí se elaboran.

¡Felices tiempos para nuestra industria aquellos en que daban vida y vigor á tantos pueblos sus variados productos y artefactos! Con llanto en el corazon recuerdan: Puebla sus extintas fábricas de sombreros, de algodones, de mantas, de rebozos, y de pieles curtidas, que no solo encontraban un mercado abundante en el país sino que tambien se exportaban para Lima, Guayaquil y demas costas del Pacífico.

Del mismo modo recuerda Oajaca aquella riqueza prodigiosa que permutaba en cada año por sus añiles y granas; y de la misma manera lamentan el Saltillo sus jorongos, San Miguel el Grande sus colchas y zarapes, Tepeji sus sedas, Izúcar y Cuautla la esportacion de sus azúcares, Atlixco y San Martin la de sus harinas, y la desventurada y destruida Chilapa aquellas colchas de algodón que con orgullo se enseñaban, sobre las camas de los ricos, como rivales de las sobrecamas inglesas. Por último, ese mismo Sur que ha dado tantos dias de luto al resto de la República, se miraba entonces tranquilo y feliz con el comercio y la abundancia que le daban sus cebos y algodones. Todo ha desaparecido, y en cambio no nos queda sino una industria ficticia, y á la que hace temblar hasta en sus fundamentos cualquiera crisis europea ó americana.

Las verdaderas causas de nuestra decadencia industrial, son: 1.^a el que México se hizo independiente al tiempo

mismo en que el descubrimiento de la fuerza del vapor y los prodigios de la mecánica cambiaban repentinamente la faz de la industria europea con una actividad centuplicada: 2.^a nuestras continuas revoluciones y disturbios que han impedido el que nosotros aprovechemos los descubrimientos de la ciencia moderna: 3.^a los privilegios y permisos especiales de introduccion de materias primeras, que han secado las fuentes de la produccion territorial: 4.^a el contrabando sistemado que nulifica todas las leyes protectoras de la industria: 5.^a las utópias propagadas sobre comercio libre por naciones interesadas y altamente fabriles, cuyas doctrinas hemos abrazado hasta un punto muy peligroso sin examinarlas, y sin comparar su práctica con lo que verifican otras naciones no menos civilizadas.

Cuando se observa la situacion especial que guarda la Gran-Bretaña, no debemos maravillarnos de que predique con tanto afan los principios del comercio libre. Esa nacion, rica y po-

derosa, debe su preeminencia á sus artefactos; los brazos de sus pobladores, apenas bastan para las ocupaciones fabriles y mercantiles, y sus campos, á pesar de su eminente cultivo, y de lo adelantado de su mecánica agrícola, no bastan, ni con mucho, para alimentar á la nacion. Sobrepuesta así la Inglaterra á los demas paises, en su produccion fabril, de objetos comunes, nada de estraño es que se afanase por encontrarles mercado, y la proteccion única que podia ejercer era sobre los productos agrícolas. Así es como la ley de cereales de Sir Robert Peel, y la admision de azúcares, harinas y cafés estrangeros, equivalian á la declaracion del comercio libre. Pero allanzarse á este paso estraordinario, la Inglaterra no obró con libertad sino obligada por circunstancias apremiantes. Sus artefactos absorbian su poblacion, no tenia un suelo bastante estenso con que alimentar sus obreros: ¿qué hacer? Era preciso comprar el alimento y la azúcar al estranero, aunque se arruinasen sus colonias de las Antillas.

Así lo verificó, pero cumpliendo diplomáticamente con aquel conocido proverbio: "hacer de la necesidad virtud." Sin embargo, aquellas medidas han debilitado profundamente á la nacion inglesa. Hoy depende del extranjero en una escala inmensa; necesita de él las materias primeras para sus artefactos y los alimentos para sus obreros, ¿puede de este modo conservar su primitiva energia? Seguramente no; y ya se ha visto pasar á esa antigua reina del océano por humillaciones que le hacen presentir una futura decadencia.

Afecto yo, muy sincero, de la nacion inglesa, deseo que su poder y su virtud sean constantes; pero para eso seria preciso que su prevision no abandonase los elementos de equilibrio en el mundo, como ha abandonado á la triste México, desconociendo ú olvidando que este país, protegido con empresas inglesas, podria ser en muchas emergencias el proveedor de la Gran-Bretaña, con sus harinas, azúcares, cafés, cacao y algodones: ani-

quilado México, quedaria sin rival el rival de la Inglaterra.

Afortunadamente comienza la nacion inglesa á conocer su error aunque no lo repara. Un comisionado inglés ha hecho ofertas en Veracruz y Puebla para los cultivadores de algodon, manifestándoles por conducto del Sr. Savignon, la preferencia que en igualdad de circunstancias tendrian en el mercado inglés los algodones mexicanos. Oferta, en verdad, poco costosa, pero absolutamente ineficaz. Ella solo revela el remordimiento de la conciencia inglesa, y que ahora ve que seria la salvacion, lo que en otro tiempo habria sido no solamente practicable, sino fácil. Pero cuando nuestros costeros han abandonado, con la desesperacion del desaliento, el cultivo de esa planta testíl; cuando nuestros campos se han despoblado por un efecto necesario de nuestras revoluciones y miseria, ¿podriamos competir con el producto algodonero cultivado por manos esclavas?

Sin embargo, no ha faltado en Ingla-

terra quien vaticinase estos resultados. Yo mismo, en una de las ocasiones que he tenido el honor de concurrir á las sesiones de los comunes, he oido con placer en 1846 á Mr. Disraelly defender, en un discurso sumamente notable, los intereses de la Inglaterra en México. El orador analizó cuanto esos intereses son importantes: 1º por los consumos de mercancías inglesas, en mas de cinco millones de pesos anuales: 2º por el aumento que esos consumos deberian necesariamente tener si este país se pacificase y prosperase. “¡Quien sabe lo “ que México seria, dijo, con diez años “ de paz! Y esa paz puede muy bien “ asegurársela la Gran-Bretaña, ase- “ gurando esta sus intereses.” Tales fueron en este punto sus propias palabras: 3º manifestó la importancia de los créditos activos de los súbditos ingleses en México, así como la de sus compañías mineras; y 4º, por último, mostró las ventajas de la situación geográfica y clima especial de México para proporcionar á Inglaterra materias primeras, si se protegían las vías de co-

municacion mexicanas por compañías inglesas. Si la inspiracion de Mr. Disraelly hubiese obtenido el eco suficiente, nosotros no habriamos sido humillados en una guerra injusta, ni la Inglaterra tendria que reprocharse el haber abandonado el único baluarte donde se podian equilibrar las fuerzas decisivas del absoluto porvenir de las naciones.

Aislada, empobrecida y desgraciada, no por eso está muerta nuestra industria; atendiéndola debidamente, desechando utópias inadecuadas, tendiéndole una mano protectora, y estimulando por premios oportunos y sinceras promesas el cultivo de las sedas, algodones y linos, desplegando una actividad científica que inculque á nuestros agricultores los principios y aplicaciones de un fácil y lucrativo trabajo; pero sobre todo, adunando á las medidas pacificadoras las de una activa promocion de la locomocion á vapor, que nos traiga carbon mineral del extranjero y le lleve en cambio nuestros productos territoriales, la industria mexicana pue-

de ser aún próspera, rica y providencial.

No puedo dejar este punto de tan vital importancia sin echar una ojeada sobre la imprenta. Nada mas bello ciertamente que promover la instruccion por cuantos caminos son posibles; pero es necesario que las medidas que se tomen sean adecuadas, y que no nos dirija su exageracion á un fin opuesto. Los libros en nuestro país entran del extranjero libres de derechos y trafican del mismo modo en el interior. Así es como se nos traen de Europa hasta las novenas y devocionarios á precios tan ínfimos que seria un delirio el querer competir con ellos. El resultado es, que la sangria de los recursos del país, llega á debilitarlo aun en este punto tan sencillio y practicable de nuestra industria, sin que se aprovechen de su ruina sino unas cuantas casas conocidas, que para complemento del cuadro, se hacen la guerra entre sí con una competencia ruinosa que remacha el aguijon de nuestra imprenta. Así es que esta ha decaido de un modo de-

sastroso; ya no se publican periódicos científicos ni literarios, ni se entregan obras instructivas ó agradables; las que suelen proponerse en suscripcion quedan truncas, se ha perdido la fé en las suscripciones; y la ciencia, la literatura y la poesia, lánguidas y marchitas guardan ese silencio sepulcral de las ideas, que con un mudo gemido parece que lamentan la muerte de la esperanza y del entusiasmo.

Las imprentas están literalmente ociosas, y los cajistas que en otro tiempo ganaban dos y tres pesos diarios, hoy suelen verse casi con los piés desnudos, abandonar ese ejercicio que ya no puede alimentarlos.

Yo creo que debe reinar la mayor franqueza en la nacion para recibir libros enteramente libres de derechos, cuando sean en lenguajes estrangeros, y hacer reportar algunos á los originales que estén escritos en castellano. Mas debe prohibirse en lo absoluto la introduccion de publicaciones trilladas, y que son el alimento cotidiano de la imprenta, como se practica en todos los

países del mundo con obras análogas. La misma Francia lamentó por mucho tiempo el contrabando de sus obras que se le hacía en Bélgica, y por esto se han estipulado en todos los países, siempre que se ha podido, contratos internacionales de garantías de la prensa. Pero en México, en vez de tender una mano protectora á la imprenta, se han fijado fuertes derechos al papel de impresiones, y se ha dado por libre indistintamente el papel impreso. El sentido comun basta para conocer y calificar el error de estas medidas.

Pero si bien he procurado en mi conciencia el promover los intereses de la imprenta, debo asimismo levantar la voz contra algunos defectos de la prensa periodista. Las espresiones denigrantes con que se ultrajan los diversos partidos, el abuso del lenguaje que aprovechan los que triunfan con el poder en las diversas reacciones, y las manchas bochornosas con que procuran difamar y humillar á sus contrarios, son tanto mas perniciosas y lamentables, cuanto que ofenden la nacion en-

tera, la envilecen ante los países extranjeros, y alejan mas y mas esa union y transaccion fraterna que todos miran como el primer recurso para regenerarnos política y socialmente.

Débil es, en verdad, mi voz, pero aun así me apresuro á conjurar la prensa, en nombre de la nacion, para tratar las cuestiones con dignidad, imparcialidad y calma, inculcando los principios y perdonando las personas, porque ese método de lenidad y de mútua indulgencia es el solo que puede influir para cicatrizar las llagas emponzoñadas del cuerpo político, que á pesar de su miseria debemos llamar con el dulce nombre de Patria. ¡Réunanse todos aquellos en cuyos corazones encuentre un eco esa hermosa idea, ese bello nombre, y aun pueden lograrse para ella algunos dias de bien ó de consuelo!

Réstame ahora hablar sobre los remedios practicables, contra el vandalismo y contra las invasiones de los bárbaros.

Las causas mas inmediatas que se presentan á la vista como originado-

ras de los robos, que tan escandalosamente se repiten en los caminos, son principalmente la ociosidad y vagancia, la inaudita miseria de las poblaciones pequeñas y rancherías aisladas, y el vicio profundo de la embriaguez, que mina los suburbios de las ciudades populosas. En parte, ya he indicado los remedios contra estos males, en el plan de mejoras materiales, y al hablar de la administración de justicia; si á aquellos correctivos se agregase una ley fiscal directamente eficaz, sobre la fabricación de bebidas alcohólicas, que trajese á estas una carestía pesante sobre el consumidor, se lograrían sin duda buenos resultados para la moral y para el erario. Muchas leyes se han dado sobre este particular, pero ninguna ha sido hasta hoy bastante bien calculada ni eficaz. Un proyecto de ley que conciliase estas condiciones, debería estar basado sobre la fabricación de alcoholes y licores, de modo que conciliase las mejoras del erario y de las costumbres.

Pero si bien existen las causas es-

puestas del robo, hay en los caminos otras no menos terribles y perniciosas.

La longitud enorme y despoblacion de nuestros caminos es tal, que yo he visto en el año de 1842 todo el regimiento de caballería, núm. 8, con alta fuerza, ocupado en cuidar el camino de Veracruz á México, y á pesar del valor y actividad de su gefe, el Sr. Torrejon, y del decidido empeño que el gobierno puso en sofocar los robos, estos no dejaron de cometerse. Se aniquilaban y destruian las caballadas, se fatigaban y morian los hombres, y el camino nunca pudo estar suficientemente cuidado. Los ladrones salian entre los límites de las escoltas respectivas, y las diligencias fueron robadas, trayendo este terrible mal, gasto muy considerable al erario, perjuicio y paralizacion al comercio, tentacion á los vagos dispuestos al pillaje, y descrédito profundo de México en los países extranjeros.

La causa mas terrible y penosa de los robos son los mismos carruages. Nunca se han inventado diligencias

mas funestas para los que las ocupan, que las que desgraciadamente recorren nuestros caminos. Ellas son unos estuches en que los hombres van encerrados casi sin poder moverse, y sin mirar ni el frente, ni la espalda del camino. Cuando los ladrones llegan, siempre sorprenden á los pasajeros, y muchas veces éstos, encerrados herméticamente para evitar el frio, el sol, ó el polvo, no tienen mas prevencion de los ladrones que la aterradora presencia de las armas á la portezuela; el ladron hace salir á los pasajeros, uno á uno, se les obliga á tenderse indefensos al suelo, se les roba, y muchas veces se levantan con el bochorno de haber sido humillados y desvalijados nueve pasajeros, por solo uno ó dos bandidos.

Cualquiera que califique de cobardes á los mexicanos, comete un error ó dice una falsedad. Pero es casi imposible una defensa cuerda y razonable en diligencias semejantes á las nuestras, donde el mayor enemigo del pasajero es el propio vehículo que lo encierra.

Para evitar este mal he inventado

otra especie de carruages, que reunen *nos* las circunstancias siguientes: 1.^a ligereza *de* y movilidad: 2.^a impermeabilidad *á* las balas: 3.^a ventilacion fácil y cómoda: 4.^a rinde visible todo el horizonte: 5.^a es inabordable, sin inminente peligro: 6.^a puede desprenderse de los caballos, en caso de desbocarse éstos: 7.^a está independiente de los equipages, que deben ir por delante en carruage separado.

En estos carruages, un solo hombre de escolta, fiel y determinado, con armas que tambien he ideado, bastaria para hacerlos inabordables por los bandidos, que no pueden usar sino de proyectiles, de onza para abajo, y los pasajeros podrian ofender con absoluta seguridad á los que los atacasen.

Entregada así la custodia de las conducciones al interes privado, y con medios tan eficaces de resistencia y de triunfo, se podrian garantizar no solo las diligencias, sino aun los convoyes de carros. La economía, el honor y la seguridad ganarian, y el vandalismo recibiria el golpe mas seguro que puede

imaginar el espíritu de órden y de moralidad, previsor de remedio y salvadora del mal. Quepa esta gloria al supremo gobierno, y si desearé los detalles de esta idea, tendría yo la mayor satisfacción en ministrárselos.

Las irrupciones de los bárbaros son, á no dudarse, el mayor bochorno que pesa sobre México, y un mal tan grave é inminente, que no puede pensarse acerca de él, sin sentirse el corazón despedazarse de pesar y desconsuelo. El mas terrible de los volcanes, ó la conflagración mas espantosa habrían dejado huellas menos funestas, que los estragos que presentan nuestros departamentos fronterizos, con la calamidad insoportable de los bárbaros. La pluma se resiste á trazar esas escenas de destrucción y de crimen que allí se presencian diariamente, y en las cuales nuestra triste raza es la víctima. La poca tropa que se puede enviar en persecución de los salvajes, tiene en su misma organización inconvenientes sustanciales para batirlos. Los movimientos regulares no pueden pasar desaper-

cibidos del enemigo que espía con tanta tenacidad y ocultamiento, al paso que sus irrupciones son imprevistas, repentinas, y casi siempre sorprenden nuestras tropas. El carácter devastador de los bárbaros, hace que no se paren en medios, por destructores que sean, para hacer sus movimientos en extremo rápidos, cuando las tropas que deben respetar la propiedad, y hasta en cierto límite la vida de los animales que emplea, se encuentra, que sean cuales fueren el ánimo y las fuerzas de los soldados, sus movimientos son mucho menos veloces. Si á esto se agrega el ejercicio siempre activo de los bárbaros, sus ideas guerreras, que son, se puede decir, su única fé y religion, y la vida nómade que llevan, dispersos en inmensas selvas, donde no tienen pueblos ni sembrados que esponer á las represalias, se verá cuán difícil es hacerles la guerra con ventaja. En verdad que para lograr batir ventajosamente al salvaje, sería necesario serlo

asimismo, ú oponerle una fuerza sumamente superior.

Esta conclusion es evidente, pero muy dolorosa. ¿Y cómo podría un ánimo enérgico dejar á nuestros pueblos y ranchos fronterizos en ese abandono desolador? ¿Cómo decidirse voluntariamente á abrazar el estado de apatia que mantienen aquellos desgraciados habitantes, el que semeja al indiferentismo del honor y de la vida que suele tener el desventurado que se acostumbra á la expectativa continua del ultraje y de la muerte? Y por cierto que no es otro el espectáculo que continuamente se presenta á los ojos de aquellos infelices rancheros, que continuamente ven disminuir sus amigos, sus parientes y sus compañeros, como las víctimas que solo les preceden en la desventurada série de que ellos mismos forman parte. ¡Y qué muerte, qué muerte les aguarda! ¡La muerte del martirio á los hombres, y los tormentos mas bochornosos y prolongados, pero no menos funestos, á las mugeres! ¡Apartaremos los ojos de aquel tremen-

do cuadro, ó de propósito nos detendremos ante ese espectáculo de infamia y de dolor? Ciertamente que casi debieramos fijarnos delante de esos campos agostados por la mano del incendiario, delante de esos yermos otro tiempo cubiertos de millones de ganado, y frente á frente de aquellos desventurados moradores, que tétricos, acobardados y envilecidos, solo aguardan su turno en la ecatombe. Acaso así despertaria la nacion del letargo fatal en que deja gangrenarse sus estremidades, espuesta á que esa gangrena, lenta pero eminentemente mortífera, invada y destruya su corazon del mismo modo.

Difícil, sí, infortunadamente muy difícil es el remedio que podemos aplicar á la tremenda plaga de los bárbaros, cuando nosotros mismos descendemos por nuestras revoluciones, del rango de civilizacion á que hemos pertenecido. ¿Qué energías, qué recursos, qué elementos quedan para oponer una mano vigorosa á los salvages? Sin embargo: ¿dirémos por eso que el mal es absolu-

tamente irremediable? No: la Providencia que protege la civilizacion, la hace fuerte en sí misma, y así ésta viene á ser el medio civilizador del salvaje. Pero es necesario comprender perfectamente y ejecutar con valor y constancia el gran destino de la civilizacion. Ella no quiere la ruina del bárbaro, sino el que éste se domestique y marche directamente á su felicidad.

El deber de nuestras poblaciones fronterizas es hacerse fuertes, proveer á su propia seguridad, y enseñar al salvaje aquellos principios de eterna verdad que infaliblemente lo atraen á la civilizacion, cuando propia y dulcemente se inculcan.

Para verificar este movimiento de defensa y al mismo tiempo civilizador, necesita el supremo gobierno llevar la iniciativa, y puesto que es imposible mandar gruesos cuerpos de tropas, debe hacer, por un principio de prevision, lo que el instinto mismo de la conservacion, obligará á hacer á los habitantes de nuestras fronteras. Cuando estos se miren completamente inde-

fensos en los campos, se concentrarán en las poblaciones considerables, para poder al menos resistir las invasiones nómades.

Para lograr esto con un éxito seguro, el supremo gobierno, además de tomar los informes mas circunstanciados de las autoridades locales, podría mandar ingenieros que le informasen de los puntos mas á propósito para concentrar las poblaciones dispersas, y en ellos fundar ciudades resguardadas por aquellas fortificaciones sencillas y poco costosas, que si bien no son susceptibles de resistir un sitio en forma, son suficientes para defender á los habitantes de los golpes de mano y rápidos ataques de los bárbaros. Para esto me parece que lo mas adecuado es el foscar las poblaciones, y coronar los fosos con estradas y estacadas. Yo he visto en el Havre abrir un dique de carena con suma facilidad, por medio de alambres, en plano inclinado, por los cuales alternativamente se introducen las exportillas vacias y se extraen los materiales de las excavaciones. Ese siste-

ma economizaria mucho tiempo y fatiga para construir los fosos y sus esplanadas; y por esto, si el supremo gobierno deseara mas detalles sobre esos aparatos estaré pronto á darlos.

He propuesto el sistema de fosos y estacadas sobre otra clase de fortificaciones, porque cuando están bien contruidos y provistos de puentes levadizos, son bastante eficaces y las menos costosas de todas. Para construir las deberian emplearse los habitantes de esas mismas poblaciones en un trabajo obligado, como dirigido inmediatamente á su propia conservacion; pero el gobierno deberá proporcionarles armas y herramientas, y buenos oficiales directores de los trabajos y defensas; y yo creo que una vez que aquellas poblaciones saboreasen la esperanza, es seguro que multiplicarian sus energías, y volveria la conciencia victoriosa de la civilizacion á darles esa superioridad moral que siempre triunfa del poder físico y brutal de la barbárie.

Pero no serian estas medidas completas si no se tratase de civilizar á los

bárbaros, y para eso no hay un medio mejor que el de la predicacion, el buen ejemplo y algunos dones pequeños de que los salvages hacen grande mérito. Reorganizados en poblaciones defendidas, los presidios y las misiones, y armados propiamente los habitantes, es seguro que los bárbaros llegarían prontamente á adorar el Crucifijo y á respetar la fuerza de la civilizacion.

Estos planes llevados al cabo propiamente, son seguros y poco costosos: la grande dificultad consiste en vencer el primer momento de la inercia, pero cediendo ésta, se verian como por encanto fructificar los verdaderos esfuerzos de la sociedad. Sobre todo, téngase presente, que una nacion que tiene hordas bárbaras limítrofes, no puede abandonar el impulso civilizador sin abdicar su misma civilizacion.

He procurado analizar ante mis ciudadanos las causas del malestar de la nacion, y manifestarles los remedios que en mi concepto son practicables.

Por carácter y por convencimiento he permanecido toda mi vida neutral

á los partidos, que han devorado nuestra triste República, procurando, sí, que mi neutralidad no fuese la máscara de la apatía y del egoísmo. Así es que me hallo en aquella posición en que puedo dirigirme á todas las fracciones políticas y sociales, con aquellas frases conciliadoras que en mi boca no pueden ser sospechosas.

En este escrito me he mantenido constantemente en guardia para evitar cuanto pudiese herir personas ó corporaciones determinadas. Diré mas: no me habria sido posible ofenderlas, porque en mi conciencia conozco cuanto deben disculparse las faltas en una nación que lleva cuarenta y ocho años de guerra civil. Cuando uno reflexiona en esa larga série de sangrientos disturbios, no puede asombrarse de los desórdenes y crímenes consiguientes, antes por el contrario, se echa de ver esa índole suave y benigna de nuestro pueblo, sin la cual México seria ya solo un monton de ruinas. Se critican, sin embargo, á este mismo desgraciado pueblo, crímenes y defectos como

identificados con su carácter, sin analizar las circunstancias que desarrollan esos males, las que desaparecerían rápidamente en mas propicios momentos. En efecto, solo en México podria verse una miseria tan profunda en el pueblo, sin que haga el hambre millares de víctimas, y sin que se sigan explosiones populares á cuya violencia no quedaria en pié ninguno de los fundamentos de la sociedad. Solo en este clima puede estar el hombre sin fuego, sin lecho, sin vestidos y aun casi sin alimentos, y no obstante, sumiso y respetuoso. Los que calumnian á este pueblo desventurado, debian observarle bien para calificarlo. ¿Se buscan sus disposiciones mentales? Pues que se mire su admirable facilidad para aprender cuanto se le enseña. ¿Se interroga sobre su aptitud para las artes? Váyase á la Academia de San Carlos, y júzguese por esas bellas pinturas, esculturas y grabados, de lo que es capaz nuestro pueblo en cuanto á las artes de imitacion; y que se concorra á los teatros, á las serenatas públicas y á las

retretas de los regimientos, y estoy seguro de que muy frecuentemente quedará el espectador sorprendido de las melodiosas cadencias que ejecutan gentes pobres, con un gusto y dulzura extraordinarias, y que al leer sus papeles correctamente, manifiestan que tienen facultades y sensibilidad esquisitas para dar no solo su justo valor, sino tambien un estilo delicioso al complicado lenguaje de la música. En las escuelas gratuitas de artesanos, he visto por mí mismo muchos de estos emplear, en las noches y dias de fiesta, aquellos momentos que reclama el descanso, y dedicarlos á la instruccion. Hasta nuestros mas desgraciados proletarios manifiestan ese gusto instintivo, que lucen sus almas en esas figuras de cera y de barro en que el color, las formas y las proporciones, manifiestan un temple delicado en quien ha sabido consignarlas en juguetes, muchas veces de un precio verdaderamente mezquino.

México debería ser, y aun me atrevo á decir, es, á pesar de sus desaciertos, la Italia del Nuevo-Mundo. Estos

bellos campos, esas hermosas montañas, este esmaltado cielo, en fin, esta deliciosa naturaleza, hablan al alma y engendran poesía aun bajo los míseros harapos del proletario.

Sin embargo, yo debo decir la parte adversa, porque mis elogios no se atribuyan á adulacion. Nuestro pueblo tiene dos defectos graves y que pertenecen á distintos climas, es decir: la pereza y la embriaguez. En ambos puede dominarse, y por eso lo advierto con ingenuidad. El primero de estos vicios lo enerva, lo hace apático, y le llena de los resultados degradantes y escaseces de la ociosidad; el segundo lo conduce muy frecuentemente á los mas groseros excesos, y aun á los crímenes mas imprevistos; y sí al abuso de las bebidas fermentadas se agrega ese hábito funesto de cargar armas ocultas, se verán las causas de esos lances insensatos, y de esos casos, por desgracia, tan frecuentes, de llorar el hombre al dia siguiente el homicidio cometido en el amigo ó acaso en la muger que amaba, y que lo deja aisla-

do y solo con sus remordimientos, bajo la vengadora espada de la justicia, y á sus desgraciados hijos abandonados y huérfanos ante la oscura y dolorosa perspectiva de un miserable porvenir.

Los gobiernos tienen un deber imprescriptible que cumplir y que continuamente reclama la atencion filosófica, es decir, la solucion de este importantísimo problema: ¿como promover con las instituciones mismas el desarrollo de las buenas cualidades del pueblo y la nulificacion de sus malas propensiones?

En cuanto á lo segundo, en este país deberian cargarse de derechos y contribuciones las bebidas alcohólicas y fermentadas; en los puntos de su fabricacion, en los de su tránsito, en los de su introduccion y en los de su expendio; deberia así mismo castigarse con penas ó multas severas á los vendedores de licor, que mirando tomados á los consumidores les vendiesen aun hasta embriagarlos. Finalmente, en los crímenes cometidos, en medio de la embriaguez, deberia considerarse como com-

plice indirecto al que hubiese vendido el licor al criminal.

Pero ademas: hay una medida que satisface al mismo tiempo los dos objetos del indicado problema, y es la de formar academias de primeras letras y de artes mecánicas para adultos.

Al estar escribiendo este opúsculo, ha ocurrido una de esas fatales calamidades que afligen el ánimo del sincero amigo de las mejoras, cuyo accidente ha sido el incendio de la escuela de artes. En otras circunstancias hubiera esto siempre sido penoso; pero en las actuales, cuando parece que México sufre toda clase de desgracias, semejante incendio ha sido cruelmente doloroso.

Sin embargo, es indispensable convenir en que la situacion de aquel edificio no es adecuada. Las academias de artes y oficios deben estar en el centro de las poblaciones, para que los artesanos y los niños concurren con facilidad, en las horas de descanso y en los dias feriados, para instruirse material y moralmente. La mayor parte de las

cátedras especiales debian darse por los artesanos mas adelantados en sus respectivos ramos, así como la instruccion primaria por medio de la enseñanza mútua. La constante aplicacion y concurrencia á estos establecimientos, debiera ser motivo de escepcion de ciertas contribuciones y del servicio militar. En fin, los certificados de aptitud, constancia en la asistencia, y honradez, dados por la direccion de la academia, serian los mejores títulos para la colocacion, ocupacion y lucro de los artesanos pundonorosos é inteligentes.

Como el supremo gobierno carece de recursos, es necesario idear medios espeditos y practicables para llevarse al cabo el establecimiento de estas academias, sin gravámen del erario; por lo que, si el supremo gobierno lo deseara, yo le presentaré el proyecto de decreto que metodice y dote estas academias, de las cuales se deberia plantear inmediatamente en esta ciudad una normal.

En todos los paises se cifra la esperanza del legislador en la educacion,

porque siempre observa la mente filosófica mil males en la sociedad, que solo pueden desaparecer con el transcurso de generaciones mejor educadas. Pero la necesidad imperiosa de una educación popular, es mucho mas apremiante en un país minado por la guerra civil, prolongada, como la nuestra, hasta el espantoso límite de la barbarie. En tan funesta situacion, un gobierno previsor debe dirigir de preferencia sus cuidados hácia la curacion de los males, adunado indisolublemente con la promocion de los bienes. He aquí como la educacion viene á tener su indisputable importancia.

Desearia estenderme sobre punto tan esencial, pero los límites necesarios de este opúsculo me lo impiden. La educacion popular, examinada en sus elementos, en sus resortes, medios y fines, es materia que exigiria una obra voluminosa. Mas sencillo me parece el formularlo bajo la concisa diccion y accion de la ley, y así esta se encomienda naturalmente á la sabiduría del gobierno.

Habiendo hablado del pueblo mexicano, me veo obligado á decir unas cuantas palabras acerca de la juventud de las clases elevadas de esta triste República; y para que puedan mis observaciones ser fructíferas se me perdonará mi franqueza, tanto mas disculpable, cuanto que esa amable juventud, pertenece enteramente á nuestra raza latina, de la cual deben esperarse todos los bienes, y en la cual se cifran las mas dulces esperanzas de la patria.

Es muy comun en la prensa extranjera el lanzarse á una calificacion calumniosa, diciendo que la raza española, ya de por sí llena de defectos, ha degenerado, aun mas lamentablemente en América, y que principalmente en México debe mirarse como una raza degradada, sin valor y sin fuerza fisica, ni moral. Pero si esta injusta calificacion del extranjero ofende y exaspera el ánimo, verdaderamente llega á su colmo la desesperacion, cuando vemos que esas calumnias tienen eco en algunos mexicanos, lanzándose al último escalon del oprobio con el des-

precio propio, y con esa fórmula tan vulgarizada y desconsoladora de: no valemos para nada: no tenemos remedio! ¡Ah si pudiese yo borrar del lenguaje esas frases funestas, ó mejor dicho, si me fuese dable el reemplazarlas con la espresion de la confianza y la energía!

Los mexicanos no pueden desconocer los dones con que los ha beneficiado Dios. Una clara inteligencia, una sensibilidad esquisita y un valor bien acreditado, son dotes que indudablemente posee nuestra raza. Todos los que están en contacto con nuestros colegios, todos los que conocen á fondo el estado de las ciencias en México, saben muy bien que no son talentos los que aquí faltan: dígalo el cuerpo médico, que tiene profesores que harian honor á cualquiera nacion: dígalo la jurisprudencia, que puede aun sobreponerse al caos de medio siglo de leyes contradictorias y de circunstancias: díganlo en fin, nuestros alumnos de minería que aun saben levantar la cabeza para so-

breponerse á cuantos competidores vienen hácia el laboreo de nuestras variadas minas.

La sensibilidad de los mexicanos es bien conocida, y si alguna cosa se puede desear es solo el moderarla y reducirla á sus límites, útiles y prudentes. Casi todos nacen en este hermoso suelo con el alma y la imaginacion poéticas, y acaso en estas bellas disposiciones de la mente está el origen de muchos de nuestros defectos. La educacion, por lo tanto, es la sola que hará desaparecer estos, y la que dará su verdadero realce á las ventajas que con ellos van mezcladas.

En cuanto al valor de los mexicanos, solo puede dudarlo el que no abra su historia. La campaña de once años de su independendencia está llena de heroicidades, y la accion dada por solo un puñado de mexicanos, contra fuerzas mas que centuplicadas, en el monte de las Cruces, es tan gloriosa para el valor como la de las Termópilas. Los americanos, por misterios, que acaso conocerá un dia la posteridad, pudieron

flanquear y nulificar frecuentemente nuestras tropas; pero donde quiera que estas se batieron, triunfaron ó rindieron muy cara la victoria. La Angostura, Churubusco, el molino del Rey y Chapultepec, atestiguan esta verdad ante la historia.

A los mexicanos solo falta union y confianza en sí mismos; falta, sí, la entereza que los rendiria fuertes y firmes en la virtud. Estas cualidades vendrán sin duda con la educacion, con la imperiosa necesidad de defensa que les traerá la varonil fortaleza que los aleje de un lujo funesto y pasivo; pero sobre todo, que los salve de la indolencia de los juegos de azar y de la molicie que tan frecuentemente los enerva y arruina

Termino, pues, este opúsculo, con el natural temor de mi deficiencia, pero tambien con el consuelo de haber consultado para escribirlo, las puras emociones de mi corazon, amante muy sincero de mi patria y de mis paisanos. Quedan por tratarse multitud de cuestiones, como son las de hospitales,

hospicios, penitenciarías, escuelas y colegios gratuitos; pero estas mejoras vendrán por sí mismas cuando la paz se restablezca y se afirme en el espíritu religioso, que tan fecundo ha sido en el mundo para todas las obras de beneficencia, y que necesita serlo aun mas en este país, donde es tan urgente la accion conciliatoria y civilizadora del cristianismo.

EPILOGO.

México por sus prodigiosos elementos no puede ser una medianía. ¡Un gran destino aguarda este país extraordinario! La nada ó la grandeza es el horóscopo de nuestra raza en el Anáhuac. ¿Seremos nosotros quienes alcemos el velo que oculta esta maravillosa naturaleza? En el nuevo mundo se disputan el porvenir esos dos grandes elementos, que en el antiguo se estimulan mutuamente para desarrollar los prodigios de la civilización. La raza latina, y la anglosajona. A la primera pertenecemos, teniendo en México la inmensa ventaja de la posesión y de la justicia providencial. ¿Seremos tan débiles ó tan locos que dejemos arrebatar-nos nuestra magnífica herencia? No: pa-

ra conservarla solo necesitamos union; olvidemos nuestros disturbios domésticos, y el premio de un dia de reconciliacion sincera será la paz, la abundancia, la felicidad y la admiracion gloriosa con que una posteridad grande y dichosa nos brinda.

Sea la raza anglosajona fuerte y feliz en el Norte, con sus inmensas llanuras, y sus selvas prodigiosas regadas por la magnífica red de sus navegables y profundos rios. Cruce su anchurosa planicie con cien ferro-carriles, y llenen sus puertos hermosos bajeles. Yo hago un voto sincero por su felicidad; pero deje á nuestra raza, este bello y elevado país, con sus torrentes y sus grandiosos conos donde brilla la perpetua nieve. Repártanse ambas razas la emigracion del mundo, ellas se afirmarán en sus naturales elementos; y si la anglosajona impulsare el progreso con los resortes de positivismo, quepa á la latina el impulsarlo con el elemento omnipotente de las ideas. Conduzca el Norte su poder sobre las aguas con la velocidad de los delfines, y que nues-

tras enormes montañas vean brillar los efectos del génio latino sobre las regiones del águila.

Reconozca nuestra raza el gran destino que le aguarda en el futuro emporio del mundo, si vence el mónstruo de males que hoy la devora. Todas las múltiples cabezas de esa hidra tienen un solo corazon, y este se puede espresar con una frase: la DISCORDIA, y todos los remedios pueden apoyarse en uno solo, infalible y heróico: la CONCORDIA.

Por obtener este anhelado fin ha hecho la patria los mas cruentos sacrificios, y cual madre indulgente ha permitido á sus hijos buscar la union y la felicidad bajo todas las formas políticas. Pero ¡estraña fatalidad! cuarenta y ocho años de conflictos no han bastado para que los mexicanos se estrechen, en un dia de reconciliacion y de concesiones mútuas, con los dulces y consoladores lazos de una union sincera. ¡Cuál es la ceguedad, cuál el funesto vértigo que aleja los unos de los otros, obrando tan solo de consuno para hundir el horro-

roso puñal de mil filos en el seno materno de la patria?

Hoy mismo los llama esta de nuevo á la concordia, y los exhorta á transar sus mútuas querellas. ¡Cuán grande, cuán tremenda es la responsabilidad de la actual generacion si desperdicia estos momentos supremos! La posteridad y la historia serán sus severos jueces; y nuestra raza, nuestro pueblo, si no se guiare esta vez por la virtud, sucumbirá bajo la infamia de una devastadora guerra social, agobiado de antemano por el ódio y el desprecio de los tiempos futuros.

Nosotros escuchamos, acaso por la última vez, la íntegra y doliente voz de la patria; transemos nuestras disputas y acudamos á su llamado; hagamos esos esfuerzos varoniles, que suelen no solo salvar las naciones, sino elevarlas á la cúspide del poder y de la gloria. Esforcemos nuestra inteligencia y nuestras energías, apoyémoslas en la virtud, y el éxito es infalible. La oportunidad es llegada, de ser felices; pero ella es fugitiva. ¡No permitamos levante su

no desconsolador y nos abandone para siempre!

Al eco solemne de una voz querida, que en otro tiempo de plácida memoria pronunciara las tres sublimes palabras: ¡RELIGION, INDEPENDENCIA, UNION! la postrada patria ha levantado del polvo la abatida frente y ha dejado brillar en sus hermosos y lánguidos ojos la penetrante mirada de la esperanza. Ella ha hecho un esfuerzo supremo para difundir entre sus hijos esos calmantes ecos de amor, de paz y de fraternidad. Al dulce encanto de esas mágicas palabras, la tempestad de una oposicion funesta se ha irradiado, y solo se oyen sus lejanos truenos allá en los confines de este hermoso suelo, tantas veces regado con sangre fraterna.

La ansiedad mas anhelosa y el dolor mas agudo se pintan en las plegarias maternas de la patria. ¡Hagamos el bien por ella! Si los planes de este pequeño opúsculo no son suficientes, sustitúyansele con otros mejores; mas no perdamos los pocos instantes de calma que la Providencia nos concede.

si el vértigo funesto de las pasiones viesese á lanzarnos al torbellino de una guerra de devastacion, ¿cuál fuerza entonces la conflagracion de tal incendio? ¿serian las sanas, generosas y elevadas ideas capaces de conservar el principio sacrosanto de la vida social, ó no serian ya sino el amianto sagrado ó la urna funeraria que preservase los restos morales de la memoria de un gran pueblo?

En el fondo de esta lúgubre idea resta, sin embargo, lo que en la exhausta caja de Pandora.... ¡La esperanza...!!!

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARY

This book is due on the date indicated below, or at the expiration of a definite period after the date of borrowing, as provided by the rules of the Library or by special arrangement with the Librarian in charge.

[illegible]

338.072

Fd 7

Adorno

338.072

Ad 7

